Año 1945 Número 71 Enero - Marzo

BOLETÍN

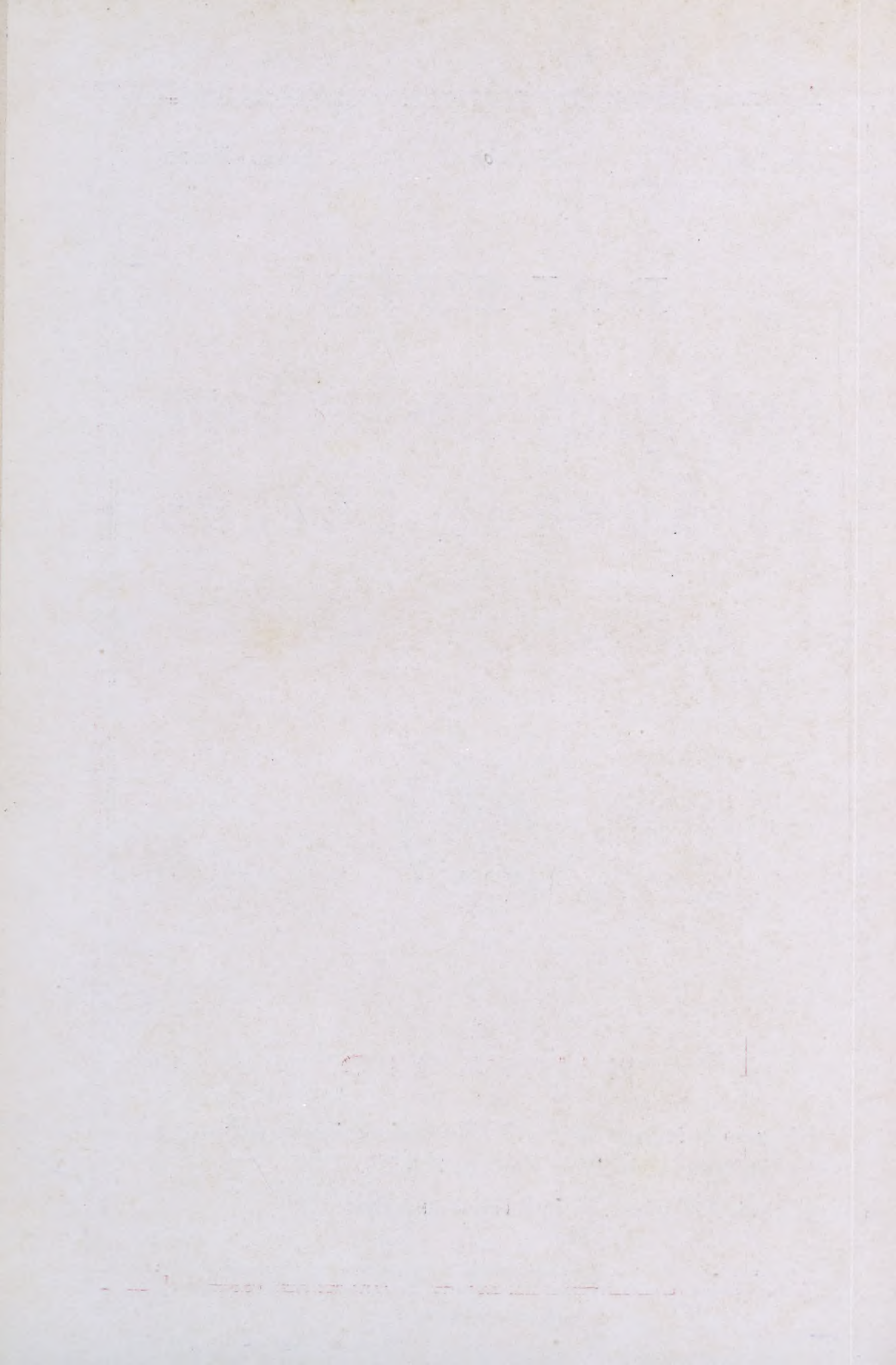
DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras



SUMARIO

Pascual Lázaro.—Sevilla 76



Año 1945 Número 71 Enero - Marzo

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Discursos leídos por los Señores
D. Francisco Collantes de Terán y Delorme
y
D. José Hernández Díaz
en la solemne y pública recepción del primero, celebrada el domingo día 17 de mayo de 1942

Discurso del Sr. D. Francisco Collantes de Terán y Delorme

Señores Académicos:

Al dirigirme por primera vez a esta ilustre Academia, lo hago con el recelo natural de quien se sabe en inferioridad manifiesta, esperando sólo que esta reconocida modestia de mis méritos encuentre en vosotros la generosa disculpa y la benévola acogida que son características de la verdadera sabiduría. Paréceme deber ineludible en este mi primer acto académico, dar las gracias a cuantos integran esta Corporación por el desmedido honor que me han hecho trayéndome a su seno, honor que para mí resulta todavía más agobiante, cuando pienso que he sido llamado a ocupar el sillón que dejara vacío D. Manuel Siurot, cuya vida y cuya obra fué un continuo apostolado en pro de la enseñanza cristiana de la juventud desvalida. Nacido en La Palma del Condado, el 30 de noviembre de 1873, su nombre va indisolublemente unido al de las Escuelas del Sagrado Corazón, de Huelva, que fundara en 1907 el entonces Arcipreste de aquella ciudad D. Manuel González García, después Obispo de Málaga. Siurot, asociado a esa obra desde su principio, dedicóse por

entero a ella al ausentarse su fundador, estableciendo nuevos y originalísimos métodos pedagógicos, claros y comprensivos, que hacen al niño aficionarse al estudio de materias cuya asimilación de otra forma, constituye para su inteligencia una verdadera tortura. Como anexo a estas escuelas, fundó Siurot un Seminario de maestros en el que se educaban simultáneamente en sus métodos pedagógicos, cuarenta jóvenes humildes, concienzudamente seleccionados, a los que se daba gratuitamente enseñanza, alojamiento y manutención, y del que han salido varios centenares de notabilísimos maestros; como dice uno de sus biógrafos, la obra de Siurot es providencial y constituye algo único por su originalidad y por la piedad de que está impregnada. Y lo más curioso es que toda esta obra gigantesca se mantenía al principio con lo que producía su revista *Cada maestrito...* y con las aportaciones que con su simpatía y gracejo naturales conseguía entre sus amistades y conocimientos, cada vez más numerosos, pues la bondad y trascendencia social de su obra, la acreditaban por sí misma. Como recompensa de este apostolado, al que consagró Siurot toda su vida y que era para él, más que un trabajo, una alegría que brotaba comunicativa en sus conversaciones y en sus libros, recogió el ilustre maestro el cariño de sus discípulos y la justa popularidad de que disfrutaba en España, ya que su modestia se negó a aceptar otros premios, renunciando en cierta ocasión a una cartera ministerial que se le ofrecía. Era Siurot, además, un gran orador, siendo digno de mencionarse por su belleza y profundidad el discurso inaugural del Congreso de Educación en el Teatro Real de Madrid en 24 de abril de 1924, que obtuvo un éxito clamoroso, y el que pronunció ante los cadetes de la Academia de Infantería de Toledo, y todos recordais sin duda sus brillantes y patrióticas charlas ante el micrófono de «Radio Sevilla» durante nuestra Cruzada. Entre los muchos viajes que realizó por Europa y América, debe destacarse el que hizo a la Argentina, acompañando a la Infanta Isabel, con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia de aquella República. Fué también un escritor brillante y ameno, de un estilo personalísimo; las colecciones de *A B C, Blanco y Negro, El Debate* y otros muchos periódicos y revistas, guardan abundantes muestras de su ingenio, y entre sus libros merecen destacarse: «Cosas de Niños», «Florales y Teresianos», «Conferencia del Quijote», «La Romería del Rocío», «Luz de las cumbres», «La emoción de España», «Sal y sol», «Sal del Odiel», «Mi relicario de Italia», y otras. Magistral, como todos los suyos, fué el discurso de ingreso en nuestra Academia, que, con el título de «Sevilla, la lírica», pronunció el 9 de enero de 1938, fecha de su recepción solemne. Dios no quiso que aquel espíritu escogido estuviese mucho tiempo entre nosotros, y el 23 de febrero de 1940 fué llamado por Él a recibir el premio de una vida consagrada por entero a tan cristiano apostolado.

Y rendido con este recuerdo el debido tributo a la memoria de mi predecesor, entro en la materia de lo que no me atrevo a llamar discurso, cuadrándole quizá mejor el calificativo de «Informe sobre el estado actual y perspectivas futuras de las excavaciones de Itálica».

Gustosamente acepté la insinuación de hablar en esta coyuntura sobre materia de mi predilección, porque los que padecemos lo que el vulgo califica de «chifladura por las piedras viejas», sentimos una íntima satisfacción cuando encontrando, como en el caso presente, auditorio atento e interesado, podemos sentirnos comprendidos al tratar de estos temas arqueológicos, considerados por muchos como de valor secundario, pero que tienen sin embargo, en el campo de la ciencia histórica, un valor incuestionable, como auxiliares de ella, y en muchos casos, al faltar el testimonio escrito, como la única fuente para adentrarse en el conocimiento de nuestro remoto pasado. Muéveme también a contento, el hablar de estas cuestiones arqueológicas en el seno de una Academia, donde tantos ingenios, adelantándose a su época, cultivaron tales estudios. Si se formase una bibliografía sevillana de escritos arqueológicos, se vería con sorpresa que nuestra ciudad fué desde la XVI.ª centuria una de las que más contribuyeron a los progresos de semejante disciplina histórica, tal es el cúmulo de libros y folletos impresos o manuscritos, notas sueltas o simples noticias, que referentes a la arqueología, principalmente de nuestra región, guardan la Biblioteca Colombina, el Archivo Municipal, esta Real Academia de Buenas Letras, la de la Historia y otros centros, siendo Rodrigo Caro, el P. Josef del Hierro, Ceballos y otros, figuras señeras de este movimiento, que encontró, como no podía ser menos, en los ámbitos de nuestra Academia extraordinaria resonancia, según reflejan las Memorias de la misma, que dan cabida a los eruditos trabajos de Francisco de Bruna, al que puede considerarse como iniciador de nuestro Museo Arqueológico Provincial, Cándido M.ª Trigueros, Tomás Andrés Guseme, Livino Ignacio de Leirens, Francisco Lasso de la Vega, Tomás Antonio Sánchez, Juan Rufino de Cuenca, Juan Estrada, Manuel Trabuco y Belluga, Fernando López de Cardona, Juan Antonio Llorente y otros más que supieron en muchos casos adelantarse a su época, utilizando los modernos sistemas de crítica histórica basados en el estudio y confrontación de las fuentes clásicas y en el examen comparativo de los restos arqueológicos. Y no paró aquí la labor de nuestra Ciudad a este respecto: durante el siglo pasado, la Diputación en Sevilla de la Academia Española de Arqueología del Príncipe don Alfonso, entre otras muchas labores propias de su instituto, trabajó eficazmente en salvar los restos de Itálica, «seriamente amenazados por el más rudo vandalismo», y cuando la revolución del 68 disolvió aquella Academia, su Diputación en Sevilla se erigió en Sociedad independiente, incorporada al poco tiempo a la Económica de Amigos del País, donde se estableció una clase o sección especial de Arqueología, que al fin acabó de desapare-

cer por completo. La Sociedad Numismática, de la que fueron miembros eminentes Antonio Delgado, autor del «Nuevo método de clasificación de las Medallas Autónomas», Mateos Gago, Ariza, Collantes de Terán, Caballero-Infante y otros, impulsadores de la publicación de aquella obra, y poseedores todos de interesantes colecciones, elevó a gran altura el prestigio cultural de nuestra Ciudad. Desgraciadamente fué ésta la última manifestación de un interés colectivo por tales cuestiones; después sólo tenemos algunas obras aisladas, como las muy estimables de don Carlos Cañal y don Feliciano Candau —aparte, como es natural, de artículos en revistas técnicas o literarias que tocan tal o cual punto de nuestra arqueología local o regional—. Hoy por hoy no existe en Sevilla otra actividad en este género que la estatal, polarizada en la Universidad y en la Comisaría Provincial de excavaciones, ya que los Museos Arqueológicos tanto Provincial como Municipal deben considerarse como organismos estáticos y meramente receptivos (1).

Por esta razón aprovechamos con gusto la ocasión de tratar ante un escogido e ilustrado concurso, como no dudaríamos en hacerlo igualmente cuantas veces fuera preciso, ante otro más amplio y simplemente curioso, de un tema arqueológico, porque deseamos fervientemente ver reanudada en nuestra Ciudad la tradición de estos estudios, de tan prestigioso abolengo en ella.

(1) La reciente creación de la agrupación de «Amigos del Museo», que bajo la denominación de *Rodrigo Caro* y afecta al Arqueológico Provincial, acaba de realizarse gracias a la iniciativa del Excmo. Sr. D. Joaquín M.ª Navascués y de Juan, Inspector general de Museos Arqueológicos, brinda la ocasión a los amantes de estas disciplinas para que contribuyan con sus trabajos al resurgimiento de tales estudios en nuestra Ciudad.

Las Ruinas de Itálica

Ningún monumento de nuestra antigüedad —me refiero concretamente a Sevilla y su provincia— atrae con tanta fuerza la atención como las Ruinas de Itálica; ninguno puede presentar tampoco tan dilatada bibliografía, prueba del interés que desde siglos despertó entre los amantes de las antigüedades.

Aun entre el gran público, cuando descubrimientos casuales ponen a la luz alguna pieza interesante, como ocurrió recientemente, en noviembre de 1940, con el hallazgo de una magnífica escultura de Venus, se despierta la curiosidad, fomentada por las informaciones de los periódicos, en cuyas columnas el viejo nombre de Itálica cobra por unos días actualidad; pero semejante interés es sólo momentáneo y después ya nadie vuelve a preocuparse de ello hasta que otro hallazgo la hace cobrar nueva actualidad. Y sin embargo, bien merecía la pena de que ese interés por la ilustre patria de Trajano fuese permanente en esta Sevilla, tan culta y espiritual por abolengo, para la que sería digna empresa de su prestigio secular, sacar a la luz los venerables restos de la antigua colonia romana, con lo que contribuiría a prestar un servicio inestimable a la arqueología española.

Por eso me ha parecido conveniente tomar como tema de mi trabajo este interesantísimo monumento arqueológico, resumiendo en primer término cuanto se sabe en la actualidad sobre el origen y vicisitudes por que pasó Itálica, hasta su desaparición como ciudad viva, y el papel que desempeñó en el mecanismo de la política colonial romana, todo lo cual nos hará formar una más clara idea de lo que fué Itálica en este rincón del mundo romano, de qué naturaleza son los hallazgos arqueológicos que de su exploración sistemática pueden resultar y qué contribución cabe esperar de tales hallazgos al interesantísimo problema de las mutuas influencias de lo indígena y lo colonial en la civilización hispano-romana.

¿Qué fué Itálica en el pasado? ¿Cuál es el estado actual de sus ruinas? ¿Qué perspectivas ofrece el porvenir de las excavaciones y qué esperamos de ellas en orden a una ampliación de nuestros conocimientos arqueológicos sobre la España romana?

Estas tres interrogaciones contienen el esquema de nuestro trabajo, que para mayor sistematización, y respondiendo a cada una de las cuestiones propuestas, dividiremos en tres partes: el pasado, el presente y el porvenir de Itálica.

No pretendemos, en lo que se refiere a la primera parte de este estudio, hacer un trabajo original; el pasado de Itálica, es decir, toda su historia vista a través de los escasos textos que sobre ella poseemos, ha sido ya tratado desde los tiempos de Ambrosio de Morales y hoy por hoy apenas hay nada qué añadir, hasta que nuevos textos literarios o epigráficos nos ofrezcan otros puntos de vista; sólo vamos a hacer, pues, una relación ordenada cronológicamente de los hechos relacionados con Itálica durante los largos siglos de su existencia, exponiendo las cuestiones críticas a ellos referentes, tal como se hallan en la actualidad; en la segunda y tercera partes, de carácter mucho más objetivo que erudito, podremos en cambio aportar algunos datos menos conocidos que estimamos podrán ser interesantes.

EL PASADO—Un conocido texto de Apiano Alejandrino, historiador griego del siglo II, nos ha conservado los únicos datos que poseemos sobre la fecha y circunstancias de la fundación de Itálica. Eran los tiempos de la segunda guerra púnica: Aníbal combatía en Italia con tropas sacadas en su mayor parte de España, y Roma, con una hábil estrategia, había enviado sus legiones a España, para cortar la fuente de donde el general cartaginés esperaba recibir refuerzos. La suerte de la lucha emprendida en España fué varia, hasta que en el año 212 antes de J. C. los romanos sufrieron una doble y completa derrota en la que encontraron la muerte sus dos generales Publio y Cneo Scipión. Dos años más tarde, cuando la guerra en Italia se inclinaba francamente en favor de Roma, ésta envió a España como procónsul a Publio Cornelio Scipión, hijo del difunto Publio, joven de grandes cualidades que años después había de conseguir eterna fama y el sobrenombre de *Africano* derrotando decisivamente al capitán del siglo, Aníbal, en la batalla de Zama (202), y que ahora venía a España para restablecer la situación de las armas romanas en la Península y para vengar la muerte de su padre y de su tío, atacando el poder cartaginés, aún muy potente en España, donde contaba con el auxilio de muchas tribus y caudillos indígenas del Sur y de Levante. Las altas dotes militares del joven Scipión se revelaron al momento; con la colaboración de su colega el propretor Silano, después de reorganizar el ejército romano, que con los auxiliares indígenas constaría de unos 35.000 hombres, partió de Tarragona y emprendió en 209 una rápida y brillante campaña que dió por resultado la ocupación, en la primavera de aquel mismo año, de Cartagonova, centro de la dominación cartaginesa en España y arsenal de su flota de guerra. Al año siguiente la victoria de Bécula, en las inmediaciones de Bailén, le abre las puertas de la Bética, donde operan

los ejércitos romanos durante los años 208 a 207. En este año o en el 206 se dió la batalla de Ilipa, en los alrededores de la ciudad de este nombre que corresponde a la actual Alcalá del Río, en la cual obtuvo Scipión un triunfo tan decisivo sobre los generales cartagineses y príncipes turdetanos que les ayudaban, que puede decirse que allí terminó la dominación púnica en nuestra Península: los caudillos indígenas se pasaron al partido del vencedor, muchas fortalezas le abrieron sus puertas y Scipión, considerando seguro el final victorioso de la campaña, pudo volverse con toda tranquilidad a Tarragona, dejando a Silano al cuidado de terminar la gran empresa de arrojar a los cartagineses de Gades, último refugio de los antiguos dominadores de la Península. Fué precisamente en el momento de separarse de sus tropas, abandonando la dirección personal de la campaña y antes de emprender el viaje por mar a Roma, cuando Scipión, para premiar a sus veteranos inválidos de las guerras españolas, los estableció en una colonia, a la que, en consideración a ser Italia la patria de la mayor parte de ellos, dió el nombre de Itálica. Estos episodios finales de la dominación cartaginesa son los que recoge el aludido texto de Apiano, cuyo tenor es como sigue: «*Gades, abandonada por Magón, fué conquistada por los romanos, que por este tiempo, poco antes de la 140.ª olimpiada, empezaron a enviar anualmente a Hispania, que estaba ya pacificada, prefectos que ejercían los oficios de generales en jefe y de pretores. En la misma Hispania, Scipión, habiendo dejado un número no muy grande de tropas, reunió a los soldados débiles o enfermos a causa de sus heridas en una ciudad, a la que del nombre de Italia, su patria, llamó Itálica*». La cita de Apiano, referida a los momentos subsiguientes a la batalla de Ilipa, nos da por tanto la fecha de 206 (probablemente en su verano) como año de la fundación de Itálica, que resulta así la más antigua colonia romana en nuestra Península. Su emplazamiento estaba maravillosamente escogido, a media ladera de los collados que forman por esta parte el borde de la meseta del Ajarafe, próximo al lugar en que la rivera de Cala vierte sus aguas en el Betis. Edificada sobre una serie de colinas, desde aquellas alturas la vista dominaba una gran extensión del fértil valle del río, salpicado de grandes ciudades como Hispalis, Ilipa Magna y Carmo, cuyos muros blanqueaban allá en los límites del horizonte, sin contar otros *oppida* de menos importancia y las numerosas *villae* o casas de campo y recreo de los nobles hispano-romanos. Estaba situada Itálica en un nudo importante de comunicaciones del occidente de la Bética, en la bifurcación de la calzada militar que pasando por Hispalis llevaba de una parte a Emérita y de otra a la desembocadura del Anas y probablemente de allí partían, al menos, otros dos ramales secundarios, uno en dirección a las ricas ciudades del río Menoba (hoy Guadiamar) y otro hacia la Lusitania en dirección a Evora y Olisipo. Por su situación estratégica en el punto extremo del territorio dominado por los romanos en estas comarcas en el momento de ser fundada, y por el carácter de

sus primitivos ocupantes, parece haber nacido como un puesto militar avanzado, cabeza de puente contra la aún insumisa Lusitania, si bien la rápida terminación de la conquista romana de la Bética y su inmediata pacificación, le hicieron perder pronto su carácter castrense, pero no el de foco activo de romanización, siendo en adelante una ciudad rica, próspera y tranquila, como acreditan sus monumentos.

Al tratar de los orígenes de Itálica cabe preguntarse si Scipión asentó a sus soldados sobre alguna población indígena ya existente, como ocurrió con frecuencia en la historia de la colonización romana, o si por el contrario hizo una verdadera fundación sobre terreno virgen.

Una errata de imprenta de la traducción del texto griego de Apiano, hecha por Alejandro Braccio en el siglo XVI, indujo a Ambrosio de Morales, al que siguieron Rodrigo Caro, Mariana, Ceballos, Matute y otros historiadores, a afirmar la existencia de una antigua población turdetana sobre la que Scipión, ampliándola, fundó a Itálica. Tradujo Braccio la palabra griega τρχνματαιας, «heridos» por su equivalente latina *sautios*, pero en la impresión se deslizó la errata *santios* y de ahí nació la especie de la existencia de una antigua ciudad de este nombre en la que Scipión asentó a sus soldados dándole el nombre de Itálica. Con razón el erudito y cauto P. Flórez dudaba en aceptar tal especie, porque no encontraba semejante nombre en la edición greco-latina de Stephano de 1592, ni en la de Amsterdan de 1670. Así, pues, conocido el origen de semejante invención, que ha venido transmitiéndose de un autor en otro, debemos desechar la existencia de la supuesta Santios. Pero el propio P. Flórez, fundándose en otra consideración de más peso, no excluye la posibilidad de la existencia de una antigua población sobre que Scipión estableciera a sus soldados; la razón que alega es la condición de *municipio* con que Itálica figura en sus monedas; sabido es que, según el mecanismo administrativo romano, esta consideración de municipio, que llevaba anexo el derecho de regirse por sus leyes propias, era otorgada por Roma a aquellas ciudades que no habían opuesto resistencia a la dominación romana y, por consiguiente, si Itálica fué considerada como municipio es lógico suponer que existió allí una población anterior que recibió del Senado romano tal categoría en premio de su sumisión, pues en caso de haber sido fundada por Scipión era natural que hubiese recibido el título de *colonia* y regídose por las leyes de la metrópoli o por el Derecho latino, tanto más cuanto que las gentes que la poblaron, según claramente se manifiesta en el texto de Apiano, eran italianos. Confesamos que el argumento tiene cierta fuerza, pero debe tenerse en cuenta, para reducirlo a su justa valoración, que las monedas por las que conocemos que Itálica era municipio pertenecen a la época de Augusto, es decir, que son dos siglos posteriores a la fundación de la ciudad, que en ese período de tiempo pudo cambiar de condición jurídica. Lo cierto es que hoy por hoy no sólo no puede afir-

marse la existencia en el solar de Itálica de población anterior a la fundación romana, sino que lo más verosímil es que no la hubiera, no siendo el menor argumento para creerlo así la falta de hallazgos de suficiente entidad anteriores a esa fecha y el no encontrarse bajo la capa de restos romanos, al menos en la parte explorada hasta ahora, más que el barro nativo.

Después del texto de Apiano, tan preciso y explícito, apenas si encontramos en los geógrafos e historiadores clásicos más que la escueta mención del nombre de Itálica o cuando más, incidentalmente, alguna breve cita que nos ilustra, más que de sucesos de su propia historia interna, de hechos de la historia general romana con los que la ciudad o sus naturales se relacionaron más o menos directamente.

Strabón la califica de ciudad excelente, situándola a orillas del Betis. Plinio la menciona cuando enumera, siguiendo el curso de este río, las ciudades del convento jurídico hispalense, colocándola después de Ilipa Magna y antes de Hispalis, en la margen opuesta a esta última. Ptolomeo fija su posición a los 7º de longitud y 38º de latitud.

Ya hemos dicho que desde época no bien determinada, tuvo Itálica la categoría de municipio, ostentando su *ordo* o *senatus* el título de *splendidissimus*, como se ve en alguna inscripción. Desde los tiempos de Augusto acuñó monedas cuyos emblemas acreditan el carácter absolutamente romano de la ciudad; carácter que nos explica el papel que desempeñó en las guerras lusitanas y la activa participación de sus ciudadanos en las luchas civiles que agitaron el último siglo de la República romana. En cuanto a las primeras, Itálica tuvo una destacada actuación y de ella parece que partió la fracasada ofensiva de Quintio contra Viriato; por Apiano Alejandrino conocemos el nombre de Cayo Marcio, natural de Itálica, que había sido destacado en su ciudad natal por Quincio; éste, después de su fracaso, atemorizado por el empuje del caudillo lusitano, no se atrevía a salir de Córdoba, donde estaba como bloqueado, invernando en pleno verano, como dice sarcásticamente el historiador, a pesar de las continuas exhortaciones de Cayo Marcio, para que atacase a Viriato.

De la intervención de Itálica en las luchas civiles de Roma, consta que junto a sus muros fué derrotado en el año 76 Hirtuleyo, lugarteniente de Sertorio, enviado por éste para impedir a Quinto Metelo el acceso a la Lusitania, batalla en la que los sertorianos dejaron sobre el terreno 20.000 hombres. El general romano supo explotar en su provecho la ocasión de darse la batalla *fervidissimo anni tempore*, en la estación más calurosa del año, cayendo con sus tropas frescas y descansadas sobre el ejército de Hirtuleyo, expuesto durante la mayor parte de la jornada a los abrasadores rayos del sol andaluz de agosto.

Respecto a las luchas entre el César y los pompeyanos en nuestra Península, consta por el testimonio del primero *(De bello civili*, 1.º, 2), que Varrón, habiendo tenido noticias de que Itálica, hacia la que pensaba

dirigirse con la legión que aún le permanecía fiel, le cerraría sus puertas, se decidió a entregarse a César.

Aulo Hircio *(De bello hispaniensi)* nos habla del caballero italicense Q. Pompeio Niger, que durante uno de los diferentes encuentros de ambos ejércitos rivales, aceptó el reto de un tal Antistio Turpión, del bando pompeyano, célebre por su corpulencia y sus hercúleas fuerzas, luchando con él en singular combate, cuyo resultado no nos dejan conocer las lagunas del texto en este pasaje.

El mismo Hircio *(De bello alexandrino,* cap VIII) refiere el atentado que se cometió en Córdoba el año 48 a. de J. C. contra el propretor de la Ulterior Quinto Casio Longino, odiado a causa de su avaricia y crueldad lo mismo por los naturales del país que por las legiones; en este atentado tomaron parte principal varios italicenses, cuyos nombres cita Hircio: Munacio Planco, Tito Vasio y Lucio Mergilio; el propretor, aunque herido, consiguió salvar la vida y ejecutó en los conjurados que no se rescataron con dinero, terribles castigos. Un poco más adelante (cap. IX) habla el mismo autor de que algunas tropas que se habían separado de la obediencia de Casio Longino se reunieron en Obucula (castillo de la Monclova, entre Carmona y Ecija), eligiendo por su capitán a Tito Torio, natural de Itálica, el cual, dirigiéndose con estas legiones a Córdoba, hubo de renunciar a sus propósitos de entrar en ella por la fuerza, por haberle salido al paso una gran multitud, no sólo de hombres, sino de matronas y niños, suplicándole que no los tratase como enemigos, ya que ellos sentían el mismo odio que él contra Casio; en vista de lo cual Torio puso sus tropas a las órdenes de Marcelo, que tenía a la ciudad por César.

Con la fundación del Imperio llega para Itálica la época de esplendor y engrandecimiento. Augusto le concede la facultad de acuñar moneda, favor que la República italicense hace constar en las que labra con la acostumbrada frase PERMISSV AVGVSTI; la serie de las acuñaciones de Itálica (Antonio Vives, «La Moneda hispánica»), compuesta de dupondios, sextercios, ases, semises y cuadrantes, comprende monedas con las efigies de Augusto vivo y divinizado, de Livia, de Tiberio y de los Césares Cayo y Lucio, no habiendo ejemplares posteriores a Tiberio por haber cesado entonces las acuñaciones provinciales autónomas. Los reversos de estas monedas ostentan emblemas absolutamente romanos: personaje togado (posiblemente representación del pueblo romano), legionario con lanza y escudo (representación del ejército), loba amamantando a los gemelos, cornucopia y globo; capricornio, águila legionaria entre insignias militares y ara consagrada a la providencia de Augusto.

El año 52 de J. C. fué señalado en los fastos italicenses, pues el 18 de septiembre del mismo nació en esta colonia romana M. Ulpio Trajano, que distinguiéndose de modo extraordinario en la carrera de las armas, fué asociado al Imperio por el anciano Nerva, al que sucedió en

el trono el año 98, siendo el primer emperador provincial y el mejor de los que ocuparon el solio romano, en el sentir de muchos historiadores. Hábil guerrero, llevó los límites del Imperio a su máxima extensión, conquistando la Mesopotamia, la Asiria y la Dacia transdanubiana, donde, estableciendo una vasta red de colonias romanas, hizo que surgiera en aquellas regiones del Oriente de Europa una nación que todavía hoy lleva el nombre de *rumana* en secular homenaje a su fundador hispano-romano; constructor infatigable, fué representante genuino de aquella *infinita cupiditas aedificandi* romana, como atestiguan insignes monumentos en nuestra patria y en todo el ámbito del Imperio y que culminan en la capital del mismo con el grandioso foro que lleva su nombre; gestor celoso de los negocios públicos, gustaba de resolverlos personalmente en sus menores detalles, como revela su interesante correspondencia con Plinio el Joven, gobernador de la Bitinia; restaurador austero de la moral pública y del respeto a las antiguas instituciones del Estado, con él y con su esposa la emperatriz española Plotina, entró en el palacio imperial un hálito de honestidad y pureza de costumbres desconocido desde hacía mucho tiempo en Roma; por todo lo cual mereció ser ya saludado en su tiempo con el calificativo de *optimus principum*, expresando con más elocuencia que el más largo panegírico, el buen recuerdo que su gobierno dejara, los votos que el Senado romano acostumbraba a formular hasta el siglo IV, al advenimiento de cada nuevo emperador: «que séas más feliz que Augusto y mejor que Trájano» *(felicior Augusto, melior Trajano)*.

Bajo el reinado del sucesor de este ilustre príncipe, el culto y enérgico Elio Adriano, llega Itálica al punto culminante de su grandeza; no es seguro que este emperador naciera en ella, aunque algún pasaje de su biógrafo Sparciano induzca a suponerlo así; lo que sí parece demostrado es que su padre fué ciudadano italicense y que su familia, originaria de la ciudad de Adria en el Piceno, se estableció en Itálica quizá desde los tiempos de su fundación; su íntima conexión con el municipio italicense parece evidente por las magistraturas honoríficas del mismo que ostentó, y por la oración que pronunció en el Senado, en la que haciéndose intérprete del deseo del municipio de Itálica de obtener para su ciudad el derecho de *colonia romana*, mostraba su extrañeza por el hecho de que gozando aquélla de la facultad de regirse por sus propias leyes, quisiera ser sometida a otras extranjeras como eran las de Roma, que a esto equivalía el ser considerada como colonia. Fuera o no natural de Itálica, es lo cierto que del tiempo de Adriano datan los más importantes monumentos de la ciudad, habiendo testimonios epigráficos que lo señalan como constructor de una de las calzadas italicenses (lám. 2.ª). En honor de su presunto conciudadano y como reconocimiento a su protección, tomó entonces Itálica el sobrenombre de *Colonia Aelia Augusta*, lo que prueba además que, de acuerdo con su solicitud, había pasado de la categoría de municipio a la de colonia, cosa que ates-

tiguan también varias inscripciones en las que se la designa con ese título.

En el año 170, durante el reinado de Marco Aurelio, oriundo por cierto de familia bética, una importante invasión de piratas mauritanos causó grandes destrozos en las costas meridionales de la Península, saqueando a Málaga y poniendo sitio a *Singilis* (Antequera la Vieja). Maximino, gobernador de la Lusitania, restableció la situación, mereciendo el título de pacificador de la Bética que se le da en un pedestal de estatua encontrado en Itálica. A consecuencia de estos sucesos la Bética fué convertida en provincia imperial, lo que equivalía a declararla en estado de guerra, y bajó a ella, estacionándose en Itálica un destacamento de la *Legión VII, Gemina,* que nos ha dejado testimonios epigráficos de su permanencia, bastante prolongada, en dicha colonia.

Los siglos II y III fueron los de máximo esplendor de Itálica, como lo fueron en general de toda la organización provincial romana; ya que en ellos, superada la etapa. de excesivo centralismo, fueron estas provincias colaboradoras, más bien que súbditas, de la política metropolitana, de la que en ciertos momentos llevaron la dirección. A estos siglos hay que atribuir sin género de duda los más importantes monumentos que hoy nos restan de Itálica y en ellos debió adquirir la fisonomía urbana con que se nos presenta al desenterrar sus ruinas.

A partir del siglo IV se inicia la decadencia, siguiendo la trayectoria general del mundo romano. Sin que poseamos datos concretos que a Itálica se refieran en este período, podemos suponer que su importancia decayó grandemente en la calamitosa época de la invasión de los bárbaros, con las correrías por la Bética de vándalos y suevos, tanto más cuanto que su carácter de colonia romana debió hacerle sentir más agudamente la crisis del Imperio. Que no desapareció totalmente como tantas otras ciudades romanas, aunque ostentara en su recinto las huellas de las tormentas pasadas, lo revela el Cronicón de Juan de Bíclara, que al relatar los sucesos del año segundo del reinado del Emperador Mauricio, correspondiente al décimo sexto de Leovigildo (584 de J. C.), nos dice que este monarca, para cambatir desde más cerca a Sevilla, sublevada por su hijo Hermenegildo, restauró los muros de la antigua ciudad de Itálica y cambió el curso del Betis, lo que puso en gran aprieto a los sevillanos.

Durante el resto de la dominación visigoda la existencia de Itálica se constata por las suscripciones de sus obispos en las actas de los Concilios provinciales y toledanos. La predicación del Cristianismo en ella se remonta, según la tradición constante de la Iglesia hispalense, a la época de los Apóstoles, a la que refiere la misma tradición el pontificado en Itálica de San Geroncio, que según el *Breviario mozárabe:* «se dice que brilló en los tiempos apostólicos», colocando el Martirologio romano la fiesta de este prelado en el 25 de agosto, con la siguiente indicación: «En Itálica, que estaba junto a Sevilla, San Geroncio, obispo,

que predicando el Evangelio en aquellas tierras, en tiempo de los Apóstoles, después de muchos trabajos, preso por causa de la fe, acabó su vida». Su fiesta la celebra la Iglesia hispalense desde 1624.

Parece haber sido, en efecto, Itálica una de las más antiguas ciudades episcopales de la Bética, siquiera no haya testimonio fehaciente de la fecha en que comenzó la serie de sus obispos, ni de la del pontificado de San Geroncio, ni aun siquiera podamos tener certeza de si éste fué en realidad obispo titular de Itálica o simplemente obispo, sin designación de sede, como era costumbre en los primeros tiempos de la Iglesia, aunque la tradición constante y muy antigua, como que tiene su arranque por lo menos en el siglo VII, sitúa en Itálica el centro de las actividades apostólicas de San Geroncio y desde luego el lugar de su glorioso tránsito.

Desde fines del siglo VI la serie de obispos italicenses puede rehacerse casi completa a base de las actas de los Concilios en que aparecen sus nombres. Estos obispos son: *Eulalio*, que asiste al III Concilio toledano en 589; *Sinticio*, al I de Sevilla en 619; *Eparcio*, a los IV, V, VI, VII y VIII toledanos de 633 a 653, siendo el que en unión da Juan, obispo de Niebla, asistió a San Isidoro en los últimos momentos de su glorioso tránsito; *Speraindeo*, que suscribe las actas del XII Concilio de Toledo en 681 y *Coniuldo*, que lo hace en las de los toledanos XII, XIV, XV y XVI entre 683 y 693.

¿Hasta cuándo permaneció la sede episcopal italicense? ¿Desapareció en la profunda crisis de la invasión musulmana, o sobrevivió como algunas otras a la tormenta? Difícil es asegurarlo de un modo indubitable, siquiera nos induzca a afirmar la supervivencia un texto de San Eulogio citado ya por el padre Flórez; habla en el *Memoriale Sanctorum* el insigne mozárabe de su contemporáneo el mártir San Luis y dice que su cuerpo se veneraba en la villa de Palma, a orillas del Genil, *que era de la provincia o diócesis italicense*. Tentadora es en efecto la interpretación literal del texto, que llevaría la existencia de esta sede episcopal hasta mediados del siglo IX cuando menos, aunque no se nos oculta que Eulogio, representante de la tradición latina entre los mozárabes, que cada vez se orientaban más hacia la cultura musulmana, al hablar de diócesis italicense pudo hacer referencia a un estado de cosas anterior, como hoy pudiéramos hablar, por ejemplo, del «Reino de Sevilla».

Hemos llegado, siguiendo los rastros cada vez más borrosos de la existencia de Itálica, a la época de la dominación musulmana, durante la cual deja aquélla de figurar entre las ciudades vivas, consumándose el proceso de su decadencia, que debió acentuarse grandemente con la invasión y sobre todo con las luchas entre bereberes, sirios y yemenitas, durante el siglo IX. De ningún modo puede referirse a Itálica el texto de Ibn-Adhari, relativo al saqueo llevado a cabo en 844 por los normandos, que penetrando por el Guadalquivir asolaron varios pue-

blos de los alrededoras de Sevilla; la Talyata que en él se cita, situada dos milles al O. de la capital andaluza, no puede de ningún modo identificarse con la antigua colonia romana. En cambio no ofrece duda para nosotros que se refiere a este episodio de la incursión de los normandos, el suceso que se menciona en la Crónica de Alfonso X el Sabio sin precisar fecha, relativo a la invasión en España de los Almunices, en los siguientes términos: «Las nuevas fueron por todas las tierras de como aquellas gentes habian ganado a España e todos los de las islas que lo oyeron crecieron los corazones por facer otro tal e ayuntaron muy grandes navios e vinieronse para España e entraron por cuatro partes. Los que entraron por Cadiz vinieron por Guadalquivir arriba e llegaron a Italica e los de la villa salieron e lidiaron con ellos e los de fuera entraron con ellos de vuelta por medio de la villa e mataron a todos». El nombre de «Almunices» que les da la «Crónica» es de clara procedencia árabe, lo que parece indicar que Alfonso X tomó esta noticia de alguna fuente musulmana desconocida. Para nosotros es evidente que aquellas islas a que se refiere el texto transcrito, eran los remotos países escandinavos, y los que entraron por el Guadalquivir a sangre y fuego, los intrépidos vikingos que venían al corazón de la antigua Bética en busca de la «cosecha de verano», como llamaban a sus rápidas y asoladoras incursiones, atraídos por las riquezas de las tierras meridionales.

Decaída de su antigna grandeza, despoblada y empobrecida por las sucesivas invasiones, Itálica, cuyo nombre desfigurado por los nuevos señores de España era ahora Talika o Talka, es citada todavía como patria de *Abbas-ben-Mahomed Alsalchi*, «poeta agudo pero mordacísimo natural de la antigua ciudad de Talka no lejos de Sevilla», el cual murió el año de la Egira de 326 (994 de J. C.)

A partir de aquí se pierde su rastro, sin que podamos decir si algún hecho concreto o simplemente el proceso de su despoblación gradual dejó definitivamente vacíos los pocos edificios que en ella quedaban habitados. Del miserable estado en que a partir del siglo IX debía hallarse la, en otros tiempos más felices, cuna de Emperadores, encontramos elocuentes testimonios en las propias ruinas; ellas nos muestran los pórticos que bordeaban las calles cortados aquí y allá por toscos muros de mampostería para formar habitaciones; los peristilos con los intercolumnios tabicados para acomodar sus galerías al mismo objeto; los mosaicos con manchas herrumbrosas causadas por las goteras que durante largos años cayeron de las abandonadas techumbres. Por otra parte, la falta casi absoluta de restos árabes encontrados sobre las ruinas romanas se explicaría por la escasa población que en aquellos siglos tuvo la ciudad, reducida durante la dominación musulmana a la categoría de una *alcaria* o poco más.

Cuando Fernando III restauró en estas regiones del Andalus la Cristiandad, arrancando el Reino de Sevilla de manos de los infieles,

vuelve a citarse el nombre de Talika, pero ya no aplicado a una ciudad viva, sino a unos campos; estos campos de Talika figuran efectivamente en el Repartimiento de Sevilla hecho por Alfonso X, dándoseles en ellos diversas suertes a Nun Yáñez, Gui Martínez, Gonzalo García de Torquemada, Rodrigo Muñoz y Juan Díaz.

Y aún este nombre, único recuerdo de un pasado glorioso, lo perdió también la antigua colonia de Scipión. Desde que don Lucas de Tuy dijera en su Historia «haber leído en las crónicas antiguas que Itálica era la antigua Sevilla», fué aceptada semejante afirmación y el emplazamiento de aquélla se llamó en adelante *Sevilla la Vieja,* nombre con que figura, entre otros documentos, en la dotación hecha por Alonso Pérez de Guzmán el Bueno al monasterio de San Isidoro del Campo «*que es cerca de Sevilla la Vieja*», hecha en 14 de enero de 1301; por ella sabemos que los campos que fueron solar de la antigua Itálica, pasaron a propiedad del Monasterio, por donación del héroe de Tarifa y de su mujer doña María Alfonso Coronel, que los había comprado a doña María de Molina, que a su vez lo recibiera en herencia de su padre el Infante don Alonso de Molina, hermano de San Fernando, que los había adquirido de varios de los conquistadores a quienes aquellas tierras habían tocado en el Repartimiento de Sevilla, según dijimos. Como bienes propios del Monasterio de San Isidoro del Campo continuaron los campos de Sevilla la Vieja hasta que en el siglo pasado la desamortización dió lugar a que se dividieran entre multitud de propietarios, quedando otros como bienes de propios del municipio de Santiponce.

EL PRESENTE.—Desde los momentos mismos en que se iniciaba su decadencia, Itálica empezó a sufrir en sus monumentos los primeros atentados, utilizándose sus ricos materiales para nuevas construcciones; aun dentro del período clásico encontramos elementos arquitectónicos, principalmente de mármol, moldurados por una de sus caras y aprovechados por la otra para inscripciones monumentales de algún friso, y lo mismo revelan columnas y capiteles, en los que se hace patente una nueva utilización.

En los siglos que siguieron a la ruina del Imperio, durante las dominaciones visigoda y musulmana, los magníficos edificios de Itálica, abandonados y en estado ruinoso en su mayoría, por carecer de finalidad o utilización adecuada, sirvieron de excelente cantera para nuevas construcciones, en las que se aprovecharon fustes, basas, capiteles, enlosados y chapados de mármol, frisos, cornisas y otros elementos constructivos y decorativos, siendo frecuente encontrar algunos de estos elementos a bastante distancia de su primitivo emplazamiento, abandonados, seguramente, por haberse roto durante el traslado. Por cierto que algún autor de los que se han ocupado de las posibles razones de la destrucción de Itálica, rompe esforzadamente una lanza en defensa de los musulmanes principalmente, negando que contribuyeran

a saquear la ciudad hispano-romana; por nuestra parte no comprendemos qué pueda perjudicar a la fama de culto y civilizado del pueblo musulmán ni de ningún otro, el hecho de haber aprovechado los materiales que los semiderruídos edificios de Itálica les ofrecían con profusión y a los que, con su nuevo empleo en otras construcciones, daban una finalidad más útil que la de ser «de lagartos vil morada», como dijo el elegíaco cantor de aquellas ruinas. Por lo demás, la Giralda y el Patio del Salvador en Sevilla y muchos edificios de Mérida, Córdoba y otras ciudades son buen ejemplo de la utilización constante por los árabes de elementos arquitectónicos romanos y visigodos, y no sabemos por qué había de ser una excepción Itálica. Prueba evidente.de que desde muy pronto se hizo de esta ciudad cantera de materiales aprovechables, es que mientras en un mismo edificio los pavimentos de mosaico fueron desdeñados porque hubieran resultado inaprovechables una vez desmontados, a su mismo lado fueron en cambio extraídas, para ser utilizadas en otro lugar, las solerías de losas de mármol que han dejado sus huellas patentes en el firme que las sostuvo.

Fueron, pues, las épocas visigótica y musulmana las que marcaron para Itálica la expoliación de materiales ricos; su aspecto a partir del siglo IX debió ser bastante lamentable y sus ruinas aún más imponentes desprovistas de sus ricos revestimientos. Después de la Reconquista y más particularmente cuando Guzmán el Bueno fundó el Monasterio de San Isidoro del Campo inmediato al emplazamiento de Itálica, empezaron estas ruinas a sufrir una más profunda y total expoliación, que llegó a su último extremo cuando el pueblo de Santiponce se trasladó de su primitivo emplazamiento al sitio que hoy ocupa. Tuvo lugar esto el año 1595. En la noche del 30 de noviembre de este año el Guadalquivir, aumentando su caudal casi repentinamente, invadió el pueblo de Santiponce, que entonces estaba asentado en sus márgenes, media legua al O. de donde hoy se encuentra, arrastrando a algunos de sus vecinos y poniendo a todos en riesgo de perecer igualmente, destruyendo asimismo muchas casas y la iglesia parroquial. Días después los vecinos, reunidos en concejo abierto, solicitaron del Monasterio, que tenía el señorío del pueblo, que les diese lugar más conveniente, a cubierto de los riesgos de avenidas, para reedificar la población, y el 11 de febrero del año siguiente de 1596 el Monasterio, accediendo a la súplica, les daba para tal fin tierras en un cortijo de San Isidoro llamado *Sevilla la Vieja,* al pie de los derruídos muros de Itálica. Desde aquel momento puede decirse que el proceso de destrucción de la antigua ciudad avanza a pasos agigantados; se buscan con afán los magníficos y bien cocidos ladrillos romanos, los enlosados de las vías, los mampuestos de muros y cimientos, y en la obsesión por encontrar materiales para la construcción de las viviendas de la aldea se llega a profundizar en busca de las cloacas que seguían la dirección de las calzadas por el centro de las calles. Sería tarea inacabable reseñar la

serie de atentados que han debido soportar tan venerables reliquias de la antigüedad; ciertamente que causas distintas han contribuído a consumar la ruina de los monumentos italicenses: el abandono y el paso inexorable del tiempo, los movimientos sísmicos, alguno de los cuales, como el de 1755, consta por el P. Zeballos que arruinó determinados edificios, que él vió todavía en pie; pero ante todo y sobre todo ha sido la mano del hombre, en su afán de aprovechar los materiales, la que ha causado, desde los albores de la Edad Media hasta nuestros días, los mayores estragos. ¡Cuántos restos de los palacios que levantaron los Césares y cuántos fragmentos del fuerte muro de la antigua colonia romana, yacen ahora soterrados, sirviendo de relleno a carreteras y caminos, y cuántos también fueron transportados de su primitivo emplazamiento para ser utilizados en Sevilla en el muro de contención contra las avenidas del río, como ocurrió a principios del siglo XVIII, según la carta del Deán Martí al Marqués Scipión de Maffei en que se quejaba de tales desmanes! Todavía no hace muchos años hemos visto a un aprovechado contratista «excavar» por su cuenta una amplia zona de Itálica, para sacar materiales de relleno para un camino en construcción, a ciencia y paciencia de las autoridades obligadas a velar por nuestra riqueza arqueológica.

Ciertamente que no todo fué menosprecio y maltrato para las venerables osamentas de estos monumentos; a partir del Renacimiento, con el despertar del gusto por las artes clásicas, surgieron espíritus cultos que levantaron la voz en defensa de las ruinas de Itálica y se preocuparon de leer en las borrosas señales de sus despojos y en los textos históricos que entonces se editaban por vez primera, las noticias de su pasada grandeza. No creemos oportuno hacer aquí un detallado análisis de toda la bibliografía referente a Itálica, desde el siglo XVI hasta la fecha; en primer término por ser sobradamente conocida y además porque siendo abundante en el número de obras, es bastante pobre en general, en la aportación de nuevos datos, repitiendo cada autor con machacona insistencia los de sus antecesores, y porque, si descartamos todo lo que es pura erudición, muy poco queda que se refiera a investigación directa de las propias ruinas, pudiendo decirse que desde las obras de Rodrigo Caro y el P. Flórez no se ha avanzado gran cosa en la historiografía italicense, ni podrá ciertamente ser de otra forma hasta que afortunados hallazgos epigráficos o arqueológicos alumbren nuevos períodos de su historia. A nuestro objeto, pues, bastará la sucinta relación que sigue.

Las primeras descripciones de las ruinas aparecen en el siglo XVI y son debidas a Luis de Peraza en su *Historia de Sevilla* y a Ambrosio de Morales en *Antigüedades de las ciudades de España*. Sigue en el siglo XVII Rodrigo Caro en sus dos obras *Memorial de la villa de Utrera* y *Antigüedades y Principado de la ciudad de Sevilla*, y en el siglo XVIII las noticias contenidas en el tomo XII de la *España Sagrada*, de Flórez, y *La Itálica*, de

Fray Fernando de Zeballos, fraile del Monasterio de San Isidoro del Campo. En el siglo XIX, aparte de algunos trabajos monográficos como el del francés Laborde y otros, tenemos el *Bosquejo de Itálica*, de Matute y Gaviria, la parte referente a Itálica del *Sumario de las Antigüedades romanas que hay en España*, de Ceán Bermúdez, y la mediocre *Historia de Itálica*, de Gali Lassaleta. Una obra falta en esta enumeración, de la que conocemos la existencia, pero no el contenido: nos referimos a la inédita *Historia y descripción de Itálica*, del ilustre arquitecto y arqueólogo don Demetrio de los Ríos, cuyo nombre está tan ligado a estas ruinas, de cuya excavación estuvo al frente muchos años; esta historia, hoy en poder de los descendientes de D. Demetrio, avalorada por dibujos, planos y acuarelas de su mano, bien merecía la pena de que viese la luz pública a fin de que no queden desconocidos los resultados, sin duda valiosísimos para la ciencia arqueológica, obtenidos por aquél en sus largas investigaciones y concienzudos estudios.

Desde el momento mismo en que empiezan a aparecer las obras sobre Itálica, es decir, desde el siglo XVI, se despierta un general interés por sus ruinas; es primero un interés, por decirlo así, especulativo en el que la vista de los restos del anfiteatro, de los muros agrietados y edificios derruídos despierta en los espíritus la melancólica idea de la fragilidad de las cosas humanas, aun aquellas que aparecen cimentadas más sólidamente; tal es la idea que inspira la elegía de Rodrigo Caro, cuyos ojos se llenan de la grandiosidad de tanta ruina:

> Y miran tan confusos lo presente
> Que voces de dolor el alma siente;

y tal es también la idea que llevó a Zeballos a escribir su *Itálica*, según expresa en el prólogo de la misma.

Pero el suelo de *Sevilla la Vieja*, ya cubierto en gran parte de olivos y sementeras, seguía entregando a cada momento a la curiosidad de los eruditos y a la avidez de los coleccionistas nacionales y extranjeros, aquí un capitel ricamente labrado, allá un trozo de escultura que atestiguaba la buena época y el gusto del artista que la trabajó; en esta parte una moneda con efigie imperial, en aquella otra un rico pavimento de mosaico de elegante composición y brillante colorido; y por todas partes, dominando el campo donde tales antiguallas se ofrecían, las moles de los edificios italicenses, y principalmente la de su *despedazado anfiteatro*, invitando a los anticuarios a mirar tales restos desde un punto de vista más objetivo y con una finalidad más científica: la de completar con su estudio las noticias que los autores clásicos nos dejaron sobre Itálica, llenando las grandes lagunas que su historia ofrece, emprendiendo para ello trabajos metódicos que pusieran al descubierto lo que de la colonia romana respetaron los ultrajes del tiempo y de los hombres. También en este punto cabe al benemérito P. Flórez la gloria

de haber sido el impulsor, pues según su propio testimonio deseó «resguardar de mayor estrago lo que existe del Anfiteatro, solicitando se delinease puntualmente su Scenografía y Ortografía o el plan y el Alzado», como se verificó con ayuda del Conde del Aguila, que cometió la tarea al arquitecto mayor del Cabildo sevillano D. Pedro de San Martín y Lara, ayudado por el dibujante D. Juan de Espinar.

Casi inmediatamente empezaron las excavaciones sistemáttcas, teniendo lugar las primeras entre los años de 1781-1788 por iniciativa del Alcaide de los Reales Alcázares D. Francisco de Bruna, muy entendido y aficionado a las cuestiones arqueológicas, y del ya citado Conde del Aguila, enriqueciéndose con ellas la colección de antigüedades que el primero formaba en uno de los patios del Palacio sevillano, núcleo primitivo de nuestro Museo Arqueológico Provincial. De 1839 a 1840 se realizan nuevas excavaciones dirigidas por D. Ibo de la Cortina. Entre 1856-62 el ilustre arquitecto D. Demetrio de los Ríos estuvo al frente de las excavaciones, siendo fruto de sus trabajos la *Memoria arqueológica-descriptiva del Anfiteatro de Itálica* y el *Plano topográfico de las ruinas de Itálica.* Durante los años 1872-74 D. Demetrio de los Ríos vigiló algunas excavaciones particulares realizadas en el recinto de Itálica que pusieron al descubierto varios interesantes mosaicos, publicando acerca de ellas algunos artículos en *La Ilustración Española y Americana* en 1875.

En 1903 la Comisión de Monumentos realizó excavaciones en los llanos que forman los ejidos del pueblo de Santiponce, donde con motivo de la construcción del terraplén del ferrocarril de Cala se habían puesto al descubierto algunas sepulturas, hallándose en efecto una necrópolis cristiana y consignando el Sr. Fernández López, secretario entonces de la Comisión, detalles de estos hallazgos en una interesante memoria.

Don Rodrigo Amador de los Ríos continuó en 1916 la excavación del anfiteatro y publicó un trabajo en el que se recogen los resultados de ella, que rectifican en gran parte las afirmaciones de su pariente don Demetrio, sobre el famoso monumento. Bajo la dirección técnica del Conde de Aguiar continuó la Comisión de Monumentos la exploración del anfiteatro durante los años 1922 al 26. Hasta entonces, en realidad casi toda la actividad arqueológica en Itálica estaba reducida al anfiteatro, único edificio que siempre había mostrado patentes sus restos. Pero durante estos años, algunos sondeos realizados al S. de este monumento, pusieron de manifiesto un trozo de calle pavimentada con grandes losas, y durante los años siguientes el Conde de Aguiar ordenó algunas excavaciones que sacaron a la luz diferentes partes de algunos edificios particulares y nuevas calles. A la muerte del Conde de Aguiar, ocurrida en 1933, la Junta Superior de Excavaciones confió la dirección de las de Itálica al Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras don Juan de Mata Carriazo, que siguiendo las exploraciones iniciadas por su antecesor, continuó activamente los trabajos, poniendo a la luz las

calles y mansiones ya en parte desenterradas, consiguiendo reunirlas y delimitar así varias manzanas de edificios, levantándose un plano de toda la zona excavada. En este estado estaban los trabajos cuando sobrevino el glorioso Alzamiento nacional y la guerra de liberación; de lo actuado con posterioridad a tan trascendental acontecimiento nos ocuparemos más adelante.

Después de las múltiples causas que han actuado en el transcurso de los siglos sobre las edificaciònes de Itálica y de los trabajos realizados para el descubrimiento y conservación de sus restos ¿qué es lo que nos queda de la ciudad hispano-romana?

Las descripciones de Rodrigo Caro y del P. Fernando de Zeballos, que, por haber visitado sus autores en varias ocasiones las ruinas, nos nos ofrecen mayor garantía de exactitud y una impresión más directa de la realidad, nos hablan de multitud de edificios que en su tiempo permanecían más o menos visibles. Dejando aparte el anfiteatro, que siempre mostró sus ingentes restos a cuantos por curiosidad o con ánimo de estudio visitaron Itálica, vamos a enumerar brevemente las citas de ambos autores. Caro, en su *Memorial de la Villa de Utrera*, nos habla de «*una plaza de armas o atarazana toda de ladrillo y bóveda; están* —dice— *en ella muchos clavos ya casi podridos y deshechos; al parecer de allí colgaban los soldados sus armas; este edificio está en un cerro algo eminente.*» En sus *Antigüedades....* dice haber visto entre las ruinas lo que llama la *capilla mayor* de un templo, añadiendo que ya no quedaba casi nada de ella cuando escribía su obra. También menciona como visibles en su tiempo, los restos de un acueducto «*que venía desde la antigua villa de Tejada*»; unas termas «*casi sepultadas debaxo de tierra... que aún el tiempo no ha podido desbaratallas...*» y un edificio, que parece ser el mismo que menciona en su otra obra ya citada, «*en un cerro, hecho de bóveda, todo de ladrillo*», diciendo que «*parecía sala de armas y éste todavía persevera entero*» —dice Caro—. Siglo y medio después de este autor, Fray Fernando de Zeballos escribía su *Itálica;* en ella nos da noticias de los siguientes edificios que todavía alcanzó a ver: un templo de Diana, según denominación inmemorial, que describe como «*un edificio casi cuadrado del que sobresalen los muros, especialmente por los cuatro ángulos*», citando el testimonio de personas antiguas que conocieron aquellos muros levantados hasta el arranque de la bóveda, opinando que es el mismo que describió Rodrigo Caro llamándolo, como ya vimos, *capilla mayor*. Una que Zeballos presume basílica, existente dentro de los muros de Itálica, la describe como una gran fábrica de 40 varas de largo por 20 de ancho, «*dividida en tres naves como muestran los basamentos de sus pilares, teniendo por fuera de su muro un pórtico, que corre de N. a S. por espacio de unas 60 varas y forma al S. de la Basílica un como claustro o foro cercado por todas partes del mismo pórtico...*» y añade que «*vulgarmente llaman los naturales a aquel sitio los Sepulcros...*» En el sitio llamado hoy todavía *Los Palacios* dice Zeballos haber visto hasta el terremoto de 1755 «*una gran pieza levantada de N. a S. y se llamaba*

la Armería de Trajano»; el docto jerónimo la considera como parte del palacio que supone construído por este Emperador. Al O. de Itálica cita unas termas que dice se conocían por el nombre de *Los Baños* y que son las que hoy llamamos Grandes Termas. Dos teatros cita Zeballos en Itálica: uno situado «*al Oriente de la ciudad, arrimado al barranco o recuesto que está hoy sobre el lugar de Santiponce... y en frente de donde parece que hubo alguna puerta principal de la ciudad por donde se salía al prado y al río*», haciendo notar que la fábrica formaba un ancho semicírculo con gradas que bajan hacia la dicha puerta, elogiando lo bien trabajada que estuvo la obra. El otro presunto teatro lo coloca «*en medio de la antigua ciudad, no muy lejos de lo que parece que fué la Basílica. Pero en este segundo pedazo de edificio no dura sino el muro con su vuelta de círculo, aunque sin gradas ni otro vestigio*». De la muralla de Itálica dice que estaba clara por una parte del Mediodía y aún más por la del N., habiendo andado el P. Zeballos por encima de ella, «*notando su espeso grueso y las torres cuadradas que tuvo a distancias iguales, aunque bien cerca una de otra. En muchas partes deja el muro de ser visible, pero los pedazos de ruinas que hay de trechos a trechos señalan el camino por donde se puede conocer toda su circunferencia*», y en otro lugar de su libro añade que estos muros eran en algunas partes doblados y triplicados. También Matute nos habla de cierta concavidad subterránea encontrada en el año 1781 «*no lejos de la muralla que hace frente al Monasterio de San Isidoro del Campo*», lo que nos revela que el muro de Itálica era aún visible allí a fines del siglo XVIII. Al edificio a que se refiere la cita anterior le atribuye Matute el destino de cuartel o fortificación militar, pues dice que en una de sus fachadas «*había a pequeñas distancias, unos huecos a manera de alhacenas con las paredes chapadas de piedra, que formaban separaciones cuadrilongas como de tres cuartos de ancho e inmediato se encontró un pozo o cisterna para uso de aquel edificio.*» El mismo autor cita una noticia aparecida en el periódico de Sevilla *Correo*, en el número de 11 de enero de 1782, en que, al dar cuenta de las excavaciones que se estaban realizando en Itálica, dice que «*entre el Monasterio y el pueblo... en un pedazo de monte, contiguo a un puentecillo... hace tiempo se descubrió un templo de Vírgenes Vestales; pero cerraron el hoyo sin haber seguido el descubrimiento ni sacar ningún monumento*».

Lampérez y Romea, en su «Arquitectura civil española», reproduce la planta y nos transmite pormenores de algunas de las casas de Itálica excavadas por su pariente D. Demetrio de los Ríos, tomadas indudablemente de la historia inédita de Itálica de que más arriba hicimos mención. Y por último, la Memoria de las excavaciones realizadas por la Comisión de Monumentos el año 1903, publicada por el Vocal secretario de la misma D. Manuel Fernández López, da cuenta del descubrimiento hecho al construirse el terraplén del ferrocarril de las Minas de Cala que atraviesa la vega o prado de Santiponce, de «*una magnífica vía de seis metros de anchura solada con gruesas losas de piedra javaluna.... asentadas sobre un doble firme de primer orden (strata) y perfectamente unidas entre sí...*».

Muy cerca del terraplén, por el lado de la rivera de Guillena, la referida calzada se quiebra en ángulo obtuso, uno de cuyos brazos se dirige hacia los muros de la antigua Itálica (probablemente iría a morir en la puerta que debió existir al norte de la ciudad) *y el otro parece encaminarse al Anfiteatro*». La misma Memoria contiene minucioso relato de la excavación de una necrópolis, en gran parte cristiana, situada en la misma vegueta por donde corría la mencionada calzada, de donde proceden casi todas las urnas de plomo conservadas hoy en el Museo Arqueológico Provincial. Las tumbas de esta necrópolis parecían agruparse alrededor de un curioso monumento funerario con planta de cruz griega, del que hay un dibujo en la referida Memoria del Sr. Fernández López, siendo de lamentar que no se hubiese levantado un plano de conjunto de la parte explorada por la Comisión de Monumentos, que nos diera una idea de la distribución de las numerosas sepulturas, algunas verdaderamente interesantes, encontradas en ella y de su relación con la calzada que por sus inmediaciones discurría.

Tales eran, en resumen, los restos de la antigua y rica ciudad que aún se mostraban visibles y de los que se nos ha conservado memoria a partir del siglo XVI. Muchos de ellos han desaparecido después y al presente no puede precisarse ni el sitio aproximado en que estuvieron; los menos han llegado hasta nosotros; en cambio, las excavaciones emprendidas desde mediados del siglo pasado han puesto de manifiesto otros restos, antes no conocidos, y de esperar es que continúen apareciendo en campañas sucesivas, no obstante las destrucciones a fondo que se sospecha, o se sabe a ciencia cierta, que han sufrido extensos sectores de Itálica. Con estos antecedentes podemos trazar el siguiente resumen de las construcciones italicenses conservadas en la actualidad.

Conservamos en primer término una parte del recinto amurallado al N. de la ciudad, en el que existe una puerta que bien pudiéramos designar «Puerta del Anfiteatro» por hallarse frontera a este monumento; está flanqueada por dos torres de planta rectangular, forma que tienen asimismo otras dos torres que en esta parte se conservan, colocadas a caballo sobre la muralla, que tiene un espesor de metro y medio, faltándole el revestimiento de sillares que indudablemente tuvo. Cerca de la puerta parecen hallarse vestigios del doble muro o barbacana de que hablara Zeballos. En toda esta parte, el sistema de fortificación responde a las características del siglo II. Otra torre de planta semicircular y paramento de sillarejos, del tipo de las construídas en tiempo de Aureliano, se conserva dentro de las edificaciones de Santiponce que caen sobre la vegueta y parece forman parte del sistema defensivo de otra puerta ya sospechada por Zeballos, por la que debía salir la calzada descubierta en 1903, anteriormente aludida. Otra torre que defendería el ángulo NE. del recinto, utilizada mucho tiempo como vivienda, fué demolida para dar paso al ferrocarril de las Minas de

Cala. Por el lado S., en el espacio comprendido entre esta vía férrea y la carretera de Extremadura, puede seguirse la muralla por dentro de las casas del pueblo, que por esta parte se recuestan en el barranco por el que corre un arroyo que debió constituir el foso natural de todo este sector meridional del recinto. El resto de la muralla, y muy especialmente el lado oriental, ha desparecido, derribada para aprovechar los materiales, haciéndose preciso, si se quiere reconstituir el trazado de su perímetro, efectuar calicatas en busca de los cimientos de los muros, caso de que éstos, al menos, hayan sido respetados.

El trazado de la ciudad contenida dentro de este recinto, obedece al tipo teórico de la ciudad-campamento, con calles que se cortan en ángulo recto y orientadas por los puntos cardinales, según las normas establecidas ritualmente: las *cardines* de N. a S. y las *decumanae* de E. a O. Varias de estas calles se conservan, permitiéndonos estudiar su trazado, entre ellas la que por su anchura y situación en el centro de la ciudad puede considerarse como el *cardo maximus* que, partiendo de la *Puerta del Anfiteatro,* ha sido excavada en una longitud de más de 200 metros, impidiendo el cementerio del pueblo de Santiponce, construído sobre ella, continuar los trabajos de exploración por esta parte; las cuatro primeras decumanas del lado izquierdo también han sido excavadas hasta su encuentro con el primer *cardo* secundario de este lado. Todas estas calles ofrecen idénticas particularidades, demostrando la unidad del criterio urbanístico que presidió su trazado; todas tienen la calzada pavimentada de grandes losas de forma irregular, pero perfectamante acopladas, constituyendo una superficie uniforme; su anchura es de 8 metros en el *cardo* máximo y de 5 en las *decumanas* y *cardos* secundarios, sin contar el ancho de las aceras, que es respectivamente de 4,50 y 3,50 metros. Estas aceras están constituídas por un encintado formado por falcas de piedras planas colocadas verticalmente, siendo los andenes, levantados unos 20 centímetros sobre el nivel de la calzada, de durísimo mortero de cal y menudos guijarros o trozos de ladrillos *(opus signinum).* Todas las calles excavadas hasta la fecha tienen a lo largo de las aceras, soportales sustentados por pilares de ladrillo o piedra y algunas veces por columnas, siendo de notar que el grueso de estos pilares y la distancia que guardan entre sí, varían en una misma calle, lo que indica que tales pórticos no fueron construídos de una vez, sino como parte integrante del edificio ante el que se hallan, aunque su perfecta alineación parece indicar que los particulares debían someterse a ciertas normas de ordenación urbana en la construcción de sus viviendas. Todas las calles tienen en el centro de la calzada alcantarillado, con muretes de ladrillos y cubierta de derretido o de tejas a doble vertiente, conservándose varias de estas cloacas en perfecto estado, siendo de notar la solidez de su construcción, que sólo ha podido vencer la intencionada destrucción de que han sido objeto en gran parte. Se conservan algunos registros para la limpieza

del alcantarillado y husillos de piedra o cerámica para el descarte de las aguas llovedizas de las calles.

A consecuencia del trazado de éstas, las *insulae* o manzanas tienen forma rectangular; de ellas hay cinco delimitadas y tres excavadas total o parcialmente. Todas pertenecen indudablemente a un sector de la ciudad habitado por gente rica, lo que se deduce de la amplitud de las viviendas y la riqueza de los elementos ornamentales. Una sola mansión, situada en la cuarta manzana de la izquierda a contar desde la *Puerta del Anfiteatro,* está totalmente excavada y por consiguiente ha podido ser estudiada en su integridad; pero los sectores ya explorados de otras varias, nos permiten tener una idea bastante aproximada de lo que era la casa italicense. Respondía ésta en sus características generales al tipo de la casa romana desarrollada, reconociéndose en ella el *vestíbulo, atrio, cubículos, tablino, peristilo* con galerías porticadas, *oecus* y departamentos destinados a baños y servicios, si bien difería del modelo pompeyano en el orden y distribución de estos distintos elementos: es lo habitual, en efecto, que en las mansiones italicenses el atrio y el peristilo se confundan, viniendo a constituir una especie de patio central, alrededor del cual se reparten las dependencias de la casa; cuando más, queda reducido el peristilo a un pequeño patinillo con galerías sostenidas por columnas, que sirve para dar luz y ventilación a la parte posterior de la casa, en la que nunca ocupa una situación central. El atrio, o mejor diríamos patio, conserva en cambio toda la importancia que tuvo en la estructuración de la casa romana: se halla rodeado de un pórtico sostenido por pilares de ladrillo sobre los que voltean arcos del mismo material, teniendo en su centro, unas veces fuentes de formas caprichosas con surtidores, y otras algibes para el servicio de la casa. En las mansiones más lujosas existen dos *triclinios,* uno de invierno y otro de verano abierto sobre un jardín; el *tablino* y el *oecus,* en lugar de estar colocados respectivamente al fondo del atrio y del peristilo, como ocurría en la casa romana, ocupan en las de Itálica, a lo que parece, uno de los costados del atrio. La mayoría de las casas, siguiendo el modelo pompeyano, tienen la crujía de la fachada destinada a tiendas *(tabernae),* con entrada directa desde la calle y sin comunicación con la casa propiamente dicha, cuyo acceso suele estar en el centro, teniendo la puerta en ciertos casos una organización característica, de la que en Itálica se han reconocido hasta ahora por lo menos tres ejemplares. Algunas de las tiendas muestran aún señales del uso a qne se destinaron, como ocurre con una panadería, donde se han hallado varios molinos a mano.

No faltan en estas casas las instalaciones de baños y piscinas, hallándose, por lo general, perfectamente estudiados y resueltos los problemas hidráulicos, tanto por lo que se refiere al suministro de aguas, que se hace en conducciones de plomo, como por lo que toca al descarte de las residuales por una complicada red de atarjeas que

vierten al alcantarillado; siendo probable que cada manzana tuviera su correspondiente arca de agua, según parecen indicar ciertos macizos de mampostería que con regularidad aparecen en los cruces de las decumanas con el cardo máximo.

Otro rasgo característico de la arquitectura urbana en Itálica, aunque no sea privativo de ella, es el aprovechamtento y aun la acentuación de los desniveles naturales producidos por la configuración del terreno, para obtener efectos de perspectiva; efectivamente, todas las casas exploradas total o parcialmente ofrecen sus diversas crujías distribuídas en terrazas superpuestas, que se comunican entre sí por escalinatas que llevan del jardín al triclinio, de éste a los cubículos, del atrio al tablino, etc. Esta sucesión de niveles escalonados debía producir efectos de gran visualidad dando valor y realce a los elementos constructivos y decorativos: columnatas, artesonados enriquecidos con con oro y colores, muros estucados y pintados con motivos geométricos o vegetales, o chapados de mármol, zócalos, frisos y cornisas del mismo rico material, usado con profusión en Itálica, demostrando todo ello la riqueza y el buen gusto que imperó en estas construcciones, levantadas en su mayor parte en la época feliz de los Antoninos, acreditando la importancia que llegó a adquirir la ciudad en aquel siglo. Pero lo que en realidad constituye hoy la principal atracción para el visitante en estas mansiones italicenses, es la belleza de sus pavimentos, algunos de ellos tan admirablemente conservados, después de una cuidadosa restauración, que parecen recién terminados por una de aquellas cuadrillas de obreros musivarios que es fama que acompañaban a Adriano en sus viajes por las provincias del Imperio, dejando en las principales ciudades, brillantes muestras de su pericia en tan interesante industria artística. Los pavimentos de las mansiones de Itálica son unas veces del mismo *opus signinum* de que se fabricaban los andenes de las aceras; otras hechos de pequeñas teselas de barro, a veces de losas de mármol de tamaño, color y forma variables, que generalmente sólo se reconocen por las huellas que dejaron en el firme, ya que han sido extraídas invariablemente por los expoliadores de las ruinas; otros pavimentos son del llamado *opus sectile,* compuesto por pequeñas piezas de mármol de diferentes figuras y colores que combinadas forman una complicada taracea de gran vistosidad y de los que existen múltiples ejemplares en el Palacio de la Condesa de Lebrija y en el Museo Arqueológico, aparte de los conservados *in situ.* Pero lo que constituye la mayor riqueza de estas ruinas son los pavimentos de mosaicos; muchos de ellos se han perdido después de puestos al descubierto, no habiendo tenido todos ellos la suerte de ser dados a conocer con el detalle y el lujo del que representaba las carreras del Circo y que fué publicado por M. Alexandre Laborde a principios del pasado siglo; otros fueron extraídos para decorar casas y palacios sevillanos, como el magnífico de las Musas existente en el de la Condesa de Lebrija, y otros, cuya existencia

y localización se conocen, esperan la oportunidad de ser descubiertos y restaurados; pero los que hoy pueden contemplarse, conservados en los mismos departamentos para los que fueron compuestos, bastan para atribuir a Itálica una de las mayores y más interesantes colecciones de este *opus musivum* que a tan alto grado de desarrollo y perfección técnica llegó entre los romanos. Los mosaicos italicenses pertenecen a la mejor época de este arte, empleándose en su composición, además de las teselas de mármol de distintos tonos, otras de materias vítreas de brillantes colores, que dan una vivacidad extraordinaria a las figuras, mereciendo citarse el bellísimo de *Pomona*, obra maestra de composición y colorido; el de *Hércules y Nereo*, cuya parte central, probable copia de una pintura alejandrina, tiene efectos admirablemente conseguidos, de relieve y perspectiva; el de los *Pájaros*, de acentuado realismo; el de las *Cuatro Estaciones*, que desarrolla un motivo muy repetido en el arte musivaria; el de *Medusa*, el de los *Pigmeos*, y otros muchos que, aun desarrollando solamente motivos geométricos o vegetales, estilizados, logran obtener efectos de gran valor ornamental. Una de las labores más delicadas de cuantos han tenido a su cargo las ruinas de Itálica, ha sido siempre la de conseguir un adecuado sistema de conservación de estos mosaicos, perfeccionándose constantemente los métodos para lograrlo.

Si de las construcciones particulares pasamos a las de carácter público, veremos confirmada en ellas la impresión de lujo y riqueza que de las primeras dimana. Entre los múltiples edificios de esta naturaleza que la complejidad y sibaritismo de la vida romana hacían imprescindible en toda ciudad medianamente importante, tenemos en Itálica restos de Anfiteatro, Gimnasio, Termas, Acueducto y Teatro.

No hemos de detenernos en hablar del Anfiteatro, monumento sobradamente conocido de todos, del que han hablado preferentemente cuantos de Itálica se han ocupado y que ha sido estudiado de un modo completísimo por D. Rodrigo Amador de los Ríos, cuyas conclusiones habrá que aceptar provisionalmente hasta tanto que, prosiguiendo la excavación de este monumento, se pueda llegar al conocimiento integral del mismo y levantar su planta y secciones.

El Gimnasio ocupa toda la segunda manzana a contar desde la Puerta del Anfiteatro; tiene palestra para ejercicios al aire libre y criptopórtico para resguardarse del sol y de la lluvia, estando toda la parte posterior de la construcción destinada a baños, como era de rigor en estos edificios, con piscina a cielo abierto, *tepidarium*, *caldarium* y *laconicum*, con instalación de horno e *hipocaustum*, en bastante buen estado de conservación.

Dos edificios especialmente destinados a termas se conocen en Itálica; ambos han sido excavados sólo parcialmente y estudiados por D. Demetrio de los Ríos, que levantó de ellos planos a todas luces inexactos. Una de estas termas se halla situada al poniente de la

ciudad, próxima a la muralla, y en uno de sus costados tiene un gran depósito de agua cubierto por bóvedas de arista sobre pilares que parece se surtía del colector general de las que procedentes de Tejada venían por un acueducto, posiblemente no el único de los que surtieron a Itálica, cuyos restos, visibles todavía hoy, pueden seguirse largo trecho desde las inmediaciones de Aznalcóllar, donde se encuentra su origen.

Las otras Termas están situadas dentro del pueblo de Santiponce, a unos cinco metros bajo el nivel actual del terreno, hallándose en mejor estado de conservación y mostrando también sus restos una mayor suntuosidad en la construcción; se reconocen perfectamente la «piscina natatoria», el *caldarium*, el departamento de baños individuales y otras dependencias.

Restos de un teatro de no muy grandes dimensiones se encuentran al oriente de la ciudad, inmediatos a la torre semicircular que supusimos formando parte de una puerta que daba salida al prado, pareciendo que este teatro se hallaba fuera de la línea de murallas. Conserva parte de los muros que forman el hemiciclo de la cavea, de la que también se ven algunas gradas de piedra en el interior de una de las casas construídas hoy sobre sus restos. Muy próximo a él por la parte que debió corresponder a los pórticos, que ordinariamente decoraban el *postscenium*, se ha encontrado hace unos meses una interesantísima columna miliaria, cuya inscripción atribuye a Adriano la construcción del camino en que estuvo aquélla colocada, camino que debía pasar por delante del teatro sirviendo de acceso a él, siendo probablemente el mismo encontrado en las excavaciones del año 1903, del que ya se ha hablado repetidamente.

Ornamento habitual de los edificios públicos eran las esculturas, y las ruinas de Itálica han suministrado muchos ejemplares de ellas que se conservan en su mayor parte en nuestro Museo Arqueológico Provincial; forman una colección de tal importancia que sin ella no podría hacerse el estudio de la escultura hispano-romana, abarcando todos los períodos de su evolución, como puede verse en la sucinta relación que de las principales damos a continuación.

Del estilo helenístico ha proporcionado Itálica el bellísimo *Mercurio*, en pie, que debió sostener un Baco niño sobre sus hombros y que se considera copia del grupo esculpido por Cefisodoto el Antiguo, padre de Praxiteles; un torso de *Diana* con túnica recogida sobre una piel y manto ceñido, de factura amplia y vigorosa; un *torso varonil* desnudo, de sobrio modelodo que recuerda el estilo griego del siglo V; un *torso femenino*, existente en el museo de la Condesa de Lebrija, vestido con finísimo peplo que transparenta el desnudo y recuerda la Venus de los Jardines de Alcamenes. También al estilo helenístico corresponde un *relieve* de tipo clásico representando una mujer de frente, sujetándose el manto sobre el pecho, que debió formar parte de algún monumento

funerario. En el Museo Arqueológico Nacional, procedente al parecer de Itálica, se encuentra una *Victoria* de bronce, que es una buena copia —única que se conoce— de la famosa Victoria de Panoios de Medea, consagrada en Olimpia en 425 a. de J. C., estando más completa que su original en mármol, pues conserva el rostro —con los ojos en hueco por haber sido de otra materia— y los brazos. Lleva una corona en la mano derecha y de la izquierda falta otro atributo, probablemente una palma; como el original, representa a la deidad en el momento de tender el vuelo, con la pierna izquierda descubierta por el peplo, que agitado por el viento forma bellos pliegues.

Entre las esculturas de estilo romano citaremos la famosa *Diana*, hallada en 1900 entre los restos de su templo; es una copia de la otra citada anteriormente y parece esculpida en mármol de Almadén; está bastante completa y debe ser obra del siglo II de nuestra era; la *Venus*, de la misma fecha, encontrada en noviembre de 1940 en lugar no lejano al del hallazgo de la Diana, y que también parece de mármol español; la diosa está representada desnuda y de pie, teniendo a su lado izquierdo un delfín y en la mano del mismo lado una planta marina; le faltan la cabeza, el brazo derecho y parte de ambas piernas, pareciendo copia romana de un modelo helenístico del tipo de la Venus de Cirene; está hoy instalada maravillosamente en el Museo Arqueológico Provincial. En el Nacional existen, procedentes de Itálica, uua escultura del dios *Pan* con un ánfora, que parece haber formado parte de una fuente, y un *Fauno* y una *Bacante*, restos de un grupo.

No podían faltar entre las esculturas italicenses las dedicadas a los Emperadores y principalmente a los Antoninos, tan unidos a ella, y bajo cuyo benéfico gobierno alcanzó esta ciudad la cumbre de su grandeza. Tenemos efectivamente una gran estatua de *Trajano*, al parecer, retratado al modo heroico de los griegos, desnudo y con la túnica plegada sobre el hombro derecho; sólo conserva la parte inferior del rostro, faltándole además los dos brazos y la pierna izquierda; un *Adriano*, del mismo tipo que el anterior y también con la mutilación de la cabeza, el brazo izquierdo y las piernas; otra escultura del mismo Emperador con el brazo levantado; una cabeza colosal de *Augusto*, probablemente procedente de Itálica, y por último, un retrato de *Faustina la Menor*, esposa de Marco Aurelio, conservado en el Museo Arqueológico Nacional, que representa a la Emperatriz sentada y cubierta por el manto, faltándole las manos y los pies.

Entre las esculturas de tipo realista, tan del gusto de los romanos, merecen citarse la de un *sacerdote* con manto por la cabeza, obra del siglo I, y algunas cabezas de personajes masculinos existentes en el Museo Arqueológico Provincial, que responden al estilo helenístico, que los gustos de Adriano pusieron de moda en Roma durante su reinado.

Desde un punto de vista puramente arqueológico, el material suministrado por Itálica es de una importancia extraordinaria. Sería prolija

y fuera de lugar la enumeración detallada de los objetos encontrados en sus ruinas en diferentes épocas, y por eso nos limitaremos a los existentes, citando de éstos los principales. Destaca en primer término la colección de inscripciones de todo orden cuyo catálogo puede verse en el *Corpus* de Hübner; de entre todo este material epigráfico sólo citaremos el interesantísimo *bronce de Itálica* que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional y que contiene parte del discurso de un senador manifestando su opinión después de oir la *oratio* del Emperador Marco Aurelio Commodo durante la discusión de un senado-consulto sobre la reducción de los gastos en los juegos circenses.

Numerosísimo ha sido el material numismático suministrado por Itálica, y basta a este respecto recordar el importante tesoro de áureos y barras de oro encontrado en 1899 en lugar próximo al del hallazgo de la Diana.

Por último, los Museos Arqueológicos Nacional, Provincial y Municipal y numerosas colecciones particulares, poseen buen número de objetos de arte mobiliar procedentes de Itálica: fíbulas, hebillas y placas de cinturón, pendientes, anillos, algunos con sello, collares, alfileres y agujas de metal o marfil, camafeos, juegos de dados, botones, clavos decorativos para puertas e interesantes colecciones cerámicas de vasos y lucernas y de vidrios industriales y artísticos.

Esto es lo que hasta el presente nos ha entregado Itálica para que intentemos descifrar lo mucho que aún ignoramos de su historia: restos de sus monumentos que nos hablan de su grandeza pretérita; parte de sus mansiones que nos descubren las particularidades de su vivir cotidiano; fragmentos de sus esculturas, de sus mosaicos y de sus elementos ornamentales que nos dicen la riqueza y el gusto de sus moradores; inscripciones que nos han conservado la memoria de sus habitantes y de las nobles familias que la poblaron, y, en fin, los pequeños objetos de adorno y de uso diario que nos confirman que los afanes y preocupaciones de aquellos hombres variaban poco de los que mueven a los de hoy.

¿Qué puede reservarnos Italica para el futuro?

EL PORVENIR.—La Colonia italicense, según lo que hoy resta del contorno de sus muros y lo que deducimos de las noticias que tenemos de su trazado, allí donde ya no se conservan, ocupaba una superficie de unos 450.000 metros cuadrados, sin incluir el anfiteatro, que como sabemos estaba fuera de la ciudad y comprendía por sí solo casi 20.000 metros cuadrados. De toda esa extensión, equiparable a la de una población actual de tipo medio, de unos 15 a 20.000 habitantes, sólo han sido excavados unos 28.000 metros cuadrados, lo que representa 1/16 de la superficie total, y si tenemos en cuenta que no toda esa parte está explorada totalmente, puede decirse que, en realidad, sólo conocemos bien un cinco por ciento de la antigua Itálica. Compréndese después de estos datos, que nos hablan con la escueta elocuencia de los números,

la inmensa labor que ha de representar la total excavación de Itálica, obra que sobrepasa las posibilidades de una generación.

Téngase además presente que, por su naturaleza especial, las excavaciones arqueológicas no pueden ser llevadas a cabo más que por un reducido número de obreros especializados y bajo severa vigilancia, y que además los edificios puestos al descubierto, cuando las excavaciones no van seguidas inmediatamente de la consolidación de los mismos, desaparecen al cabo de pocos años por la acción de los agentes atmosféricos, debiendo por consiguiente, cuando esta consolidación no pueda realizarse sin peligro de falseamiento, levantar minuciosos planos, alzados y secciones de las ruinas, que permitan, a falta de la conservación material de las mismas, el estudio a los futuros investigadores. Quiere todo esto decir que se trata de una labor lenta y que el afán que acucia al arqueólogo de avanzar sin descanso en los trabajos de exploración, esperando siempre arrancar a las ruinas nuevos secretos, en un noble deseo de escudriñar el pasado, está contenido por la naturaleza de la tarea y por el cuidado de conservar en lo posible lo descubierto por medio de adecuados trabajos de consolidación y restauración.

Teniendo en cuenta tales consideraciones, desde que nos hicimos cargo de las Ruinas de Itálica, consideramos de primera necesidad disponer como punto de partida de un plano topográfico de conjunto del pueblo de Santiponce y de todos sus alrededores donde pudiera sospecharse la existencia de restos de edificaciones, para fijar sobre él, según fueran permitiendo los datos obtenidos sobre el terreno, el perímetro de la antigua ciudad, lo que además de proporcionarnos el dato interesantísimo de su extensión superficial, nos indicaría las zonas en que lógicamente debe suponerse la existencia de restos, y aquellas otras probablemente estériles desde el punto de vista arqueológico. Este primer trabajo ha sido realizado en el pasado año y así disponemos hoy de un plano topográfico de Itálica lo suficientemente detallado para poder realizar la labor que acabamos de indicar.

Tarea de urgente realización —y en ella nos ocupamos— es la de proteger preventivamente los restos que aún permanecen soterrados o parcialmente al descubierto en terrenos no expropiados por el Estado. Para conseguirlo eficazmente estimamos que no hay otro medio hábil que la declaración de monumento nacional o al menos de interés arquitectónico-artístico, de todo el recinto de Itálica, explorado o sin explorar, lo que llevaría como secuela la necesidad de una previa autorización para realizar toda suerte de obras o labores en los terrenos comprendidos en aquella declaración y la vigilancia por persona competente de la ejecución de las obras autorizadas. Ello simplificaría también la expropiación e indemnización consiguiente al propietario de los terrenos donde se verificasen hallazgos casuales, de los objetos procedentes de los mismos, y la evitación de excavaciones clandestinas, que tanto daño han causado en Itálica.

En la práctica de las excavaciones debe seguirse, a nuestro juicio, el criterio expresado más arriba de no continuar adelante sin terminar los trabajos empezados y sin consolidar lo descubierto, prestando especial atención a los trabajos de desagüe de las zonas excavadas, evitando los daños que el estancamiento de las aguas produce en las edificaciones, y en todo caso procurar prodigar las plantas, alzados, secciones y reconstituciones ideales de las construcciones descubiertas, que inexorablemente han de sufrir progresivo deterioro y posiblemente desaparecerán en su totalidad al cabo de los años.

Por lo que hace al más conocido de los monumentos italicenses, al Anfiteatro, se hace imprescindible terminar la exploración y limpieza de los restos subsistentes, costoso y delicado trabajo, por las dificultades y peligros que ofrece la remoción de las ingentes masas de derretido que las fuerzas naturales y la brutalidad de los bombres arrancaron de su primitivo emplazamiento, pero que con los recursos de la técnica moderna no constituye una tarea insuperable, Sólo así podrá llegarse a levantar el plano definitivo de tan interesante construcción, una de las mayores y mejor conservadas en su género del mundo romano, ya que el que trazara en 1872 D. Demetrio de los Ríos, a base de los pocos datos entonces conocidos, resulta evidentemente inexacto, como hubo de reconocer su sobrino D. Rodrigo Amador de los Ríos al proseguir, en 1912, las excavaciones del Anfiteatro. Y ya que se reanuden éstas, será preciso resolver de modo definitivo el problema de su desagüe, dándole la única solución lógica que a nuestro juicio tiene: la de buscar la antigua salida del alcantarillado romano que cubierto de magnífica rosca de ladrillo, perfectamente conservado y practicable todavía hoy en una buena extensión, iba a buscar, partiendo de la galería subterránea del Anfiteatro, la vecina Rivera de Cala, hallándose hoy interceptado, bajo la carretera de Extremadura, probablemente por el desplome de su bóveda al construir el firme de este camino. Con ello se conseguiría, además, evitar el daño continuo que las aguas que bajan de los cerros inmediatos, y que buscan su salida natural por el valle donde está situado el Anfiteatro, causan en este monumento y muy especialmente en su *fosa bestiaria*.

Dos zonas existen dentro del recinto de Itálica que ofrecen, según todas las probabilidades, amplias promesas al excavador; una está constituída por aquella donde actualmente se realizan las excavacionas y por los olivares vecinos que se extienden hasta las *Termas Mayores*, suerte conocida con el significativo nombre de «Los Palacios», y donde los testimonios de antiguos autores, los fustes y capiteles de gran tamaño encontrados por aquellos contornos, así como los fragmentos de estatuas colosales y las inscripciones dedicatorias a los Emperadores Floriano, Probo y Caro, aparecidas allí, hacen patente que fué aquél uno de los centros donde se desarrollaba la vida pública de Itálica y donde muy probablemente estuvo, como apuntan diversos autores, el Foro

Italicense. La otra zona, de gran interés arqueológico, la constituye el cerro que, cortado hoy por la carretera de Extremadura, y a la salida del pueblo, se alza sobre el prado que constituye el ejido de Santiponce. Allí se encontró en 1899 el tesoro de los áureos y barras de oro, allí aparecieron la Diana y los restos de su templo, el Mercurio y recientemente la Venus; en él se encuentran a cada paso en el interior de las casas, muros de derretido de un grueso considerable y de robusta fábrica que los acreditan como pertenecientes a edificios públicos y en él está, por último, lo que resta del Teatro de Itálica, según referimos. Y si tal cúmulo de objetos ha ofrecido allí el suelo en hallazgos casuales, no es atrevido concebir las más halagüeñas esperanzas sobre los que se obtendrían con una exploración metódica y a fondo de aquellos lugares.

Y cuando en un futuro más o menos próximo se haya puesto al descubierto todo lo que las actuales construcciones de Santiponce y la capa de tierra vegetal de sus contornos ocultan de la antigua Itálica, ¿qué habrá añadido el estudio de sus restos a la Arqueología hispanoromana?

En primer término, el cabal conocimiento de una ciudad de la época del máximo esplendor provincial, es decir de los siglos II y III de nuestra Era, mostrándonos en su integridad el ejemplar más completo, por lo que ya hoy puede juzgarse, entre los conocidos de España, para estudiar las normas urbanísticas, los sistemas de distribución de agua y descarte de las residuales, los elementos ornamentales y decorativos, la organización interna de la casa y lo que es más interesante hoy, las especiales características locales de todo lo que constituye la estructura integral de un conglomerado urbano de la Bética de principios de nuestra Era.

Permítaseme insistir especialmente sobre este último concepto de las características locales. Fenómeno del mismo signo aunque de opuesto sentido al de la romanización de los pueblos conquistados, es el que pudiéramos llamar barbarización de la cultura romana, entendiendo el término de bárbaro en su sentido genuíno, o sea la aceptación dentro del conjunto cultural romano de todos los elementos de cualquier orden extraños a él, propio de los pueblos sometidos por Roma, siendo este espíritu de adaptación y de absorción de elementos útiles a sus fines imperialistas, una de las características del genio romano y una de las más poderosas causas de la supervivencia de su cultura. Esta barbarización se manifiesta en todos los aspectos de la vida romana; en el lingüístico con la inclusión en el léxico de palabras y formas extrañas al acervo latino; en el militar con la adopción del armamento y táctica de los pueblos vencidos, tal el caso de la espada corta ibérica; en el artístico y cultural, por la aclimatación del gusto romano a las modas y estilos de los pueblos de más rancio abolengo, de lo que es caso típico la helenización del arte y la literatura romanos.

Tiene por consiguiente el mayor interés para los pueblos que for-

maron parte del Imperio romano, el estudio cuidadoso de los elementos propios que aparecen entre los restos conservados de la civilización romana en su suelo respectivo, en cuanto que estos elementos constituyen su aportación nacional a la gran obra colectiva que en la Historia Universal representa aquella estructura estatal creada por el genio romano. Y en Itálica encontramos huellas evidentes de esa aportación local a las formas constructivas romanas, en la distribución de los edificios, en tal o cual disposición original y sin precedente conocido de algunos elementos constructivos, en ciertas formas decorativas, y sobre todo, en el ambiente general que se respira en las arrasadas calles y en los amplios «patios» de la antigua colonia, en los que no exageraríamos al decir que, familiarizados con sus despojos, llegamos a percibir cierto carácter «andaluz». Ya D. Rodrigo Amador de los Ríos, señalaba al estudiar concienzudamente el Anfiteatro que «si en sus líneas generales y conforme a su naturaleza ... concierta éste de Itálica con todos sus congéneres, de ellos se aparta visiblemente, como las ruínas exploradas demuestran, en muchas y diversas partes de lo que está ya descubierto.»

Y tiene tanto mayor interés la existencia de estos elementos originales en Itálica, cuanto que tratándose de una ciudad genuínamente romana, verdadera colonia militar creada para mantener el dominio de una región recién sometida, resulta tanto más significativa la ingerencia de influencias extrañas a lo romano, revelando la supervivencia y vitalidad de elementos autóctonos capaces de dejar patente huella. Y si esto fué Itálica, creación romana en un suelo virgen, hay que suponer cuántos elementos indígenas subsistirían en Gades, Hispalis, Malacca y otras ciudades de existencia ya varias veces centenaria en la época de la ocupación romana. Claro es que, como ya se ha dicho, lo que conocemos todavía de Itálica es poquísimo en relación con el área total de la ciudad, y por consiguiente, las afirmaciones anteriores han de hacerse con cierta reserva; pero ello es un motivo más para desear la exploración de más extensas zonas que, si nos atenemos a lo ya puesto a la luz, proporcionarán, a no dudarlo, nuevos datos para aclarar las cuestiones que tan someramente hemos enunciado.

Esto y quién sabe qué otros inesperados hallazgos esperamos de la total excavación de las Ruinas de Itálica. Ciertamente que ello necesita para su realización sumas muy importantes que habrían de aportar anualmente el Estado y las Corporaciones provincial y municipal sevillanas, con regularidad a todas luces conveniente para la continuidad y buena ordenación de los trabajos, pero son principalmente las entidades locales las más interesadas en la continuación de las excavaciones en un monumento cuya proximidad a Sevilla tanto contribuiría a fomentar la corriente turística hacia nuestra ciudad, debiendo consignarse como dato de interés a este respecto, que durante los azarosos días de nuestra Cruzada, llegaron a recaudarse en Itálica por concepto de entrada de visitantes hasta 1.200 pesetas en algunos meses. Pero otras

miras más altas deben guiar a nuestros organismos locales en este caso, y son las de que Sevilla, ciudad culta y espiritual por excelencia, debe hacer suya la gloria de poner a disposición de la Arqueología española un elemento de estudio de primer orden, y a este respecto no debemos dejar de citar a la Excma. Diputación Provincial, en la que ya es casi una tradición el generoso apoyo pecuniario a la conservación de las Ruinas de Itálica. Y no olvidamos en este llamamiento al mecenazgo privado de aquellos amantes de nuestra historia y de los restos de una pretérita grandeza, que quieran sentir el orgullo de ver unido su nombre a la noble empresa.

Pero no es sólo la aportación material lo que interesa; es también la formación de un clima propicio que dé aliento y estímulo a los que dedican su desinteresada labor a estas investigaciones y a estos trabajos. Por eso me pareció interesante hilvanar estas notas, sometiendo a vuestra consideración lo que en la actualidad constituye el afán de los que amamos a la «*vencedora colonia de Scipión*». Yo no dudo que esta Real Academia de Buenas Letras, primera entidad encargada oficialmente a mediados del pasado siglo de realizar excavaciones metódicas en aquel «*mustio collado*» que fué asiento de «*Itálica famosa*», sabrá levantar su autorizada voz en pro de uno de los más ilustres monumentos de nuestro glorioso pasado.

HE DICHO

Discurso del Académico numerario D. José Hernández Díaz contestando al Iltmo. Sr. D. Francisco Collantes de Terán

Señores Académicos:

La historia de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras enseña el interés extraordinario que en sus continuas tareas e investigaciones se dedicaba desde su fundación a los estudios arqueológicos. Las *Memorias* que han visto la luz pública y los numerosos y notables trabajos inéditos que guarda su archivo, atestiguan el aserto. El prestigio de los arqueólogos que ocuparon sillones académicos y la atención con que las Juntas ordinarias analizaban las disertaciones sobre el particular, mereció que los Poderes públicos le confiaran encargos honrosísimos cual el de la vigilancia de las excavaciones en Itálica, famosa en el mundo romano. Pero no se limitó esta actividad al terreno de los principios, sino que con el tiempo llegase a la formación de un Museo de Antigüedades y de un Gabinete Numismático, notables por la riqueza de sus fondos e importancia de no pocos ejemplares.

La creación de Corporaciones oficiales especialmente dedicadas al cultivo de dichos estudios, formación y acrecentamiento de museos y de promover campañas excavadoras, determinó en parte el desplazamiento de la Academia de dichas actividades. Casi al mismo tiempo fueron desapareciendo por ley fatal de la Naturaleza los doctos varones protagonistas de aquel movimiento, y con ellos el gusto y afición por dichos estudios. No faltaron entre nosotros, en el último cuarto del siglo pasado y en lo que va transcurrido del presente, cultivadores aislados de la Arqueología; mas careciendo del ambiente que aquéllos encontraron y que hizo posible una labor fecunda, no han dejado herencia semejante a la por ellos transmitida.

El ingreso como Numerario en esta Corporación de D. Francisco Collantes de Terán y Delorme, figura la más destacada en los conocimientos arqueológicos locales, me ha inducido no sólo a evocar las glorias pretéritas referidas, tan caras a nuestra Academia, sino a hacer votos por que este sea el comienzo de otra etapa tan noble como

aquélla en los anales de la Casa. ¡Que quien hoy se sienta entre nosotros por derecho propio tiene sobradas condiciones para iniciar un proceso semejante!

No es ello un recurso oratorio manejado en exaltación del protagonista de la presente solemnidad académica que responda a la realidad; sino una creencia muy arraigada de quien se honra al dirigiros la palabra, conocedor de la cultura solidísima del recipiendario. Porque además de su erudición estrictamente arqueológica, conoce con fundamentos de maestro la Numismática, Epigrafía y Paleografía; maneja con suma destreza el arte del Dibujo, tan importante para quienes cultivan estas disciplinas; y es reconocida su competencia humanística, imprescindible en la moderna metodología para toda clase de investigaciones sobre la Antigüedad. Pero este formidable edificio no ha sido levantado de una manera precaria o esporádica, sino que está basado no sólo en una rigurosa sistematización, requisito previo a toda labor que aspire a ser científica, sino en concienzudos estudios de las etapas históricas que sirven de marco a su trabajo, según lo revela su docencia universitaria como profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras, explicando durante varios cursos las Cátedras de Prehistoria e Historia Universal en las Edades Antigua y Media.

Además de los estudios propios de su Facultad, cursó brillantemente la Licenciatura en Derecho, y los estudios propios del Doctorado en ambas Facultades, e impulsado por su vocación, revelada en la más temprana juventud, ganó en concurso-oposición una plaza de Auxiliar técnico del Archivo y Biblioteca de nuestro Ayuntamiento, que ocupa desde 1924; llegando a la Jefatura de dicha Sección con un bagaje de extraordinarios méritos en 1938. Sus continuos trabajos en esta dependencia le han hecho extraordinariamente experto en cuestiones bibliográficas, y le han llevado a la Cátedra de Bibliología en nuestra Universidad, que en la actualidad ocupa.

El fruto de toda labor investigadora en las diversas ramas de la Ciencia suele traducirse en publicaciones que, en forma de libros, folletos o artículos de revistas, difunden las aportaciones y resultados obtenidos en laboratorios y gabinetes. Los trabajos que han visto la luz pública con la firma del Sr. Collantes, revelan lo sazonado de su preparación en cuantos temas acomete.

En el Anuario Gutenberg correspondiente al año 1931, publicóse un artículo del recipiendario titulado *Un taller alemán de imprenta en Sevilla en el siglo XV*, muy notable por las aportaciones que contiene en este período tan interesante de los incunables sevillanos. En el mismo volumen, entre los colaboradores escogidísimos de la erudición internacional, figura también el que fué maestro de ambos, D. Joaquín Hazañas y la Rúa, cuyo nombre balbuceamos con veneración cuantos hemos desfilado por las aulas de nuestra Facultad de Letras en estos últimos

lustros. Sabemos que su labor predilecta fué la de acopiar materiales para la obra, desgraciadamente inédita, sobre la imprenta y los impresores sevillanos, en la cual ocupó toda una larga y fecundísima vida que nos sirve de guía y aliento a cuantos caminamos por los senderos de la investigación histórica. Muchos han sido los que hemos aprovechado sus enseñanzas; numerosísimos sus discípulos que recibieron orientación en sus trabajos; mas quizá entre todos ellos haya sido Collantes de Terán, nuestro nuevo compañero, el que recogiera su apasionado fervor por la investigación bibliográfica, en su sentido más estricto, traduciéndola en manifestaciones perceptibles. Así, con las enseñanzas de tan docto maestro, pudo dar ópimos frutos en las tareas organizadoras de la Sección del Libro de la extinguida Exposición Ibero-Americana, una de las más notables de aquel magnífico Certamen. Aún pueden admirarse en nuestro primer Centro docente, como recuerdo de esta labor, dos mapas originales suyos, representando en uno la geografía de la imprenta en España en el siglo XV, y en el otro los diversos tipos de escritura utilizados en la Península hasta el siglo I de la Era.

Del tema predilecto de sus estudios, la Arqueología, también ha dado a luz notables trabajos. El más importante de todos ellos es la colaboración en la sección correspondiente del *Catálogo arqueológico y artístico de la Provincia de Sevilla*, del que ha sido impreso el tomo primero, hallándose en prensa el inmediato. Precisamente soy el menos llamado a enjuiciar sobre esta obra que, ebrios de amor patrio y de delirios por Sevilla, hemos acometido unos cuantos que me atrevería a calificar de locos. La empresa nos ahoga por la grandeza de su concepción y amplitud de los horizontes. Queremos que nuestra provincia tenga un medio por el que pueda ser conocida artísticamente; que las joyas legadas por nuestros mayores, que salvaron de tantos infortunios como en el lapso de dos siglos se han sucedido, sean valoradas a la luz pública para asombro de la erudición y gloria de España. Y para ello se estudian y matizan cuantos instrumentos de trabajo llegan a nuestras manos; y para que la obra quede purificada en su intención, sépase que el sacrificio continuo otorga quilates a esta serie de volúmenes, que deseamos hacer dignos del momento histórico y nacional a que asistimos. La intervención del Sr. Collantes en ella queda a la altura del resto de su labor. Analiza *in situ* con parsimonia y destreza, procurando revisar y someter a severa crítica cuantos testimonios le aporta la bibliografía, la erudición local y los expertos del lugar objeto de estudio; induce con pies de plomo emitiendo afirmaciones muy juiciosas que otorgan categoría al conjunto de la obra.

Otros trabajos ha publicado sobre estas materias, cuales los que llevan por título *El toro ibérico de Ecija* y *Trabajos en Itálica*, que *El Archivo Español de Arqueología*, la más importante revista nacional de la especialidad, divulgó.

Pero donde más destaca su fisonomía de arqueólogo es en su gestión al frente de los restos excavados de la antigua Itálica. Durante varios años ha colaborado en los trabajos que allí se realizaron; mas en 1937 se hizo cargo de ellos como Delegado de la benemérita Junta provincial de Cultura Histórica y Tesoro Artistico. El acierto de dicha designación lo revela el hecho de haber sido nombrado Comisario provincial de excavaciones arqueológicas el pasado año de 1940. El amoroso celo con que a diario vigila aquellas gloriosísimas ruinas, procura la conservación de lo descubierto y atiende los demás servicios propios de su función, no son para descritos aquí. Sería preciso seguirle como le sigo yo para darse idea de la intensidad de su trabajo y apreciar lo mucho que se ha realizado.

Buena prueba de lo expuesto y del afecto que profesa a cuanto con Itálica se relaciona, es el discurso interesantísimo que hemos escuchado. En él no sólo estudia y valora, sino que hay plan ordenado, largamente meditado, de lo que puede y debe hacerse para exhumar en su integridad una de las más importantes ciudades del mundo romano, de la que sólo conocemos una pequeña parte. En dicho trabajo, creo que en sus líneas generales, agota la materia y excusa, por tanto, comentar lo que tan magistralmente tiene concebido y acertadamente ha expuesto. Sólo debemos aspirar a que el nuevo Estado, que en tanto aprecia nuestra historia y que de modo tan decidido protege lo que auténticamente nos ha valorado a través de los siglos, se ocupe de esta venerable parcela del territorio español, donde se han escrito páginas notables de nuestra genealogía, arbitrando los medios para que pueda acometerse de modo eficaz y sistemático la labor que nos conceda el conocimiento de la ciudad.

La necesidad de acometer una política seria para exhumar nuestro pasado arqueológico se advierte a poco que se inicien los estudios de estas cuestiones. Apenas si se ha empezado a desbrozar el camino y lo realizado se debe, en un porcentaje elevado de casos, a la iniciativa particular. Mas como ésta suele ser aislada, resulta muchas veces infecunda en cuanto a la visión total que sobre el tema debe aspirarse a conseguir. Precisa que el Estado, mediante sus órganos científicos apropiados, acometa campañas de excavaciones sin prisas ni regateos y pretendiendo la calidad de los resultados más que el relumbrón de las empresas extensivas. Ello exige una etapa inicial de investigación que permita trazar la carta nacional de posibles excavaciones, y decidido el núcleo sobre el que deba operarse, acumular cuantos elementos sean precisos para llegar al cabal conocimiento de lo que se pretenda; mas evitando que el Hado malogre, como en tantos otros casos, trabajos que son de interés público, dejando inconclusas empresas que comenzaron con los mejores auspicios.

Sin que pretendamos pasar revista a todo lo español, pues alargaría extraordinariamente estos someros comentarios, sirva de ejemplo a lo

expuesto los restos conservados en nuestra provincia. Sabemos que en Itálica y en Carmona se hallan elementos de importancia extraordinaria de la arqueología romana. Conocidos son los trabajos de la Sociedad Arqueológica de la segunda de dichas ciudades —testimonio irrecusable de lo que puede el interés y el afecto bien encaminados— y los afanes de los beneméritos señores D. Jorge Bonsor y D. Manuel Fernández López, almas de la misma. Ellos consiguieron exhumar y valorar no sólo una de las necrópolis de incineración más importantes del mundo clásico, sino excavar en varios lugares de la provincia con resultados parciales de interés. Mas con ellos desaparecieron estos nobilísimos afanes y las calas que practicaron esperan que algún día se continúen los trabajos que puedan conducir a soluciones más amplias. ¡Bien merece Carmona la atención de la Comisaría General de Excavaciones, ya que los frutos habrían de ser de importancia extraordinaria!

Por otra parte, en nuestros continuos recorridos por la provincia, sabemos de hallazgos reiterados de objetos arqueológicos en casi todos los pueblos de la misma, delatores de la importancia que en otros tiempos tuvieron poblaciones de las que sólo nos quedan noticias livianas y de las cuales cabe esperar el día que se exploren páginas notables de la historia española.

Por eso las noticias que cada día nos llegan de los planes nacionales de excavaciones y del interés que para la Superioridad tienen los trabajos en la antigua Itálica, hacen presumir una etapa próxima que nos descubra en totalidad la referida ciudad. El discurso, pues, de Collantes de Terán presenta, además, el mérito de su actualidad y el hecho de que nuestra Academia, en sesión pública, dé a conocer tan notable trabajo revelará en las altas esferas que no se olvidan los temas que son orgullo de nuestra historia y que, como en otros tiempos, está presta a secundar o acometer cuantas labores sean de interés histórico, literario o científico.

Mas estas tareas investigadoras que constituyen los afanes más selectos de la vida científica de nuestro compañero, nunca hacen desaparecer en él su función de magisterio que apunta en todos sus trabajos. Y así sus cursos de conferencias en la Universidad como sus disertaciones aisladas, tras la sencillez de su exposición de que continuamente hace gala, encierran notables enseñanzas, que encantan a sus auditorios. Citemos entre ellas el cursillo dedicado a los maestros sevillanos el pasado año 1940 sobre *El siglo XIII en España;* así como sus discursos que con los títulos *La obra literaria de D. Joaquín Hazañas y la Rúa; Itálica; Lo que debe ser el libro,* y *El libro español en Hispano-América,* ha pronunciado en prestigiosas tribunas de la ciudad.

Lo mismo podría decirse del resto de sus publicaciones, en las que su doble personalidad de historiador y perito en Derecho quedan a muy honrosa altura. Así, pues, sus artículos sobre *Una obra mudéjar sevillana en 1412* («El Noticiero Sevillano», 1927); *El Corpus en Sevilla en 1427* (Idem

ídem, 1928); *El Corpus en Sevilla en 1441* («A B C», 1941); *El mercado de ganados de la Feria de Sevilla* (Id. id., 1940) y la serie de artículos sobre *Los arrendamientos colectivos* («El Correo de Andalucía», 1924), confirmarán a todos cuanto llevamos expuesto.

La rápida enumeración de sus títulos y merecimientos dará idea a todos —incluso a los más exigentes— de los justos motivos que indujeron a esta Real Academia a designar al Sr. Collantes de Terán para ocupar la plaza de Numerario de que acaba de posesionarse. Mas él trae además a esta Casa el bagaje de un apellido aureolado por los trabajos de tres generaciones de intelectuales que han dado días de esplendor a Sevilla. Por eso séame permitido traer a colación en esta fiesta solemnísima, ejecutoria de un talento puesto al servicio de la Ciencia, las figuras de D. Francisco Collantes de Terán, abuelo del recipiendario, erudito historiador sevillano que nos ha legado, entre otras publicaciones notabilísimas, la Historia de los establecimientos de Caridad de Sevilla, perenne testimonio de su valer y del amor a la ciudad en que naciera; la de mi inolvidable maestro D. Antonio Collantes y Martínez, padre del nuevo Académico, gloria del Claustro Universitario, que rigió con notorio acierto, doctísimo humanista orientador de no pocos que en la actualidad son gala del Profesorado español; y por último, la del malogrado Alejandro, que dejó la vida cuando estaba en plena madurez su envidiable formación literaria y que supo unir de maravilloso modo el sentido clásico de secular abolengo histórico, con los aires nuevos que cada día se imponen con mayor pujanza, pidiendo por doquier plaza de autoctonía. Con el recuerdo piadoso a quienes nos precedieron en el camino, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, como celosa depositaria de la erudición hispalense, rinde tributo de admiración a tan esclarecidos varones.

Nuestro novel compañero ha sabido, pues, hacer honor a su estirpe, acumulando laureles a los muchos que orlan su nombre. Esta Academia, al darle la bienvenida muy cordial por boca del último de sus miembros, desea recordarle que el honor que el cargo representa lleva consigo la sacratísima obligación de velar por el acrecentamiento de las Letras y las Ciencias y por que la herencia que recibimos de nuestros mayores perdure con el brillo y esplendor que son ya tradicionales en su historia. Por eso en esta Casa, en que son conocidas, no sólo la cultura extraordinaria, sino el amor al trabajo del Sr. Collantes, se espera confiadamente que laborará con todo interés y constancia, augurando al mismo tiempo de su ímpetu juvenil y de su acendrado sevillanismo una estela ejemplar en los Anales de la Academia.

HE DICHO

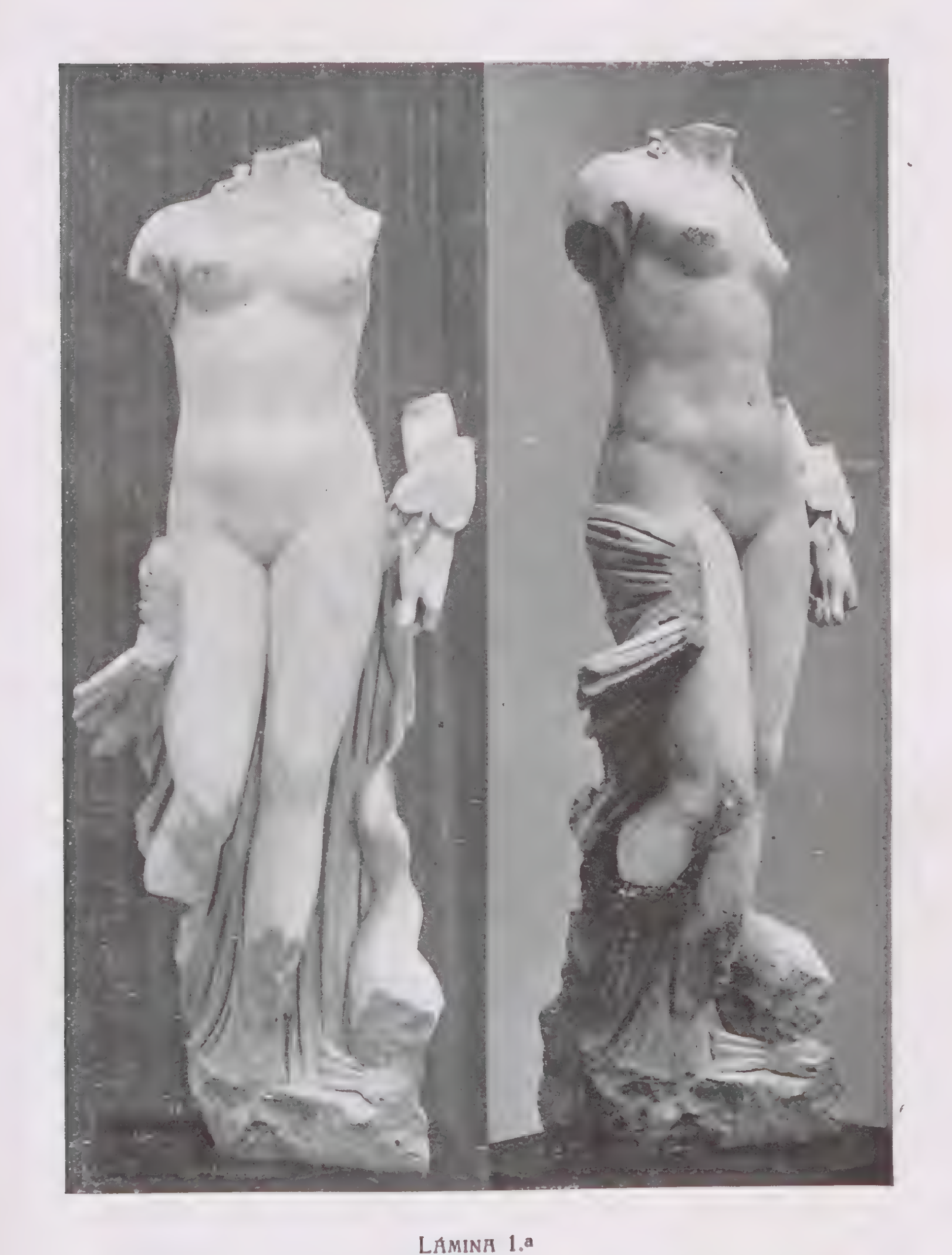


LÁMINA 1.ª

Escultura de Venus encontrada en Santiponce en Noviembre de 1940, en lugar próximo al emplazamiento del teatro de Itálica



LÁMINA 2.ª

Columna miliaria encontrada en Santiponce en lugar próximo al que parece que ocupó una de las puertas del recinto de Itálica



LÁMINA 3.ª

Restos de la cloaca del "cardo maximus" encontrada durante las excavaciones de 1941. El trozo que se reproduce está inmediato a la puerta del recinto que sale al Anfiteatro

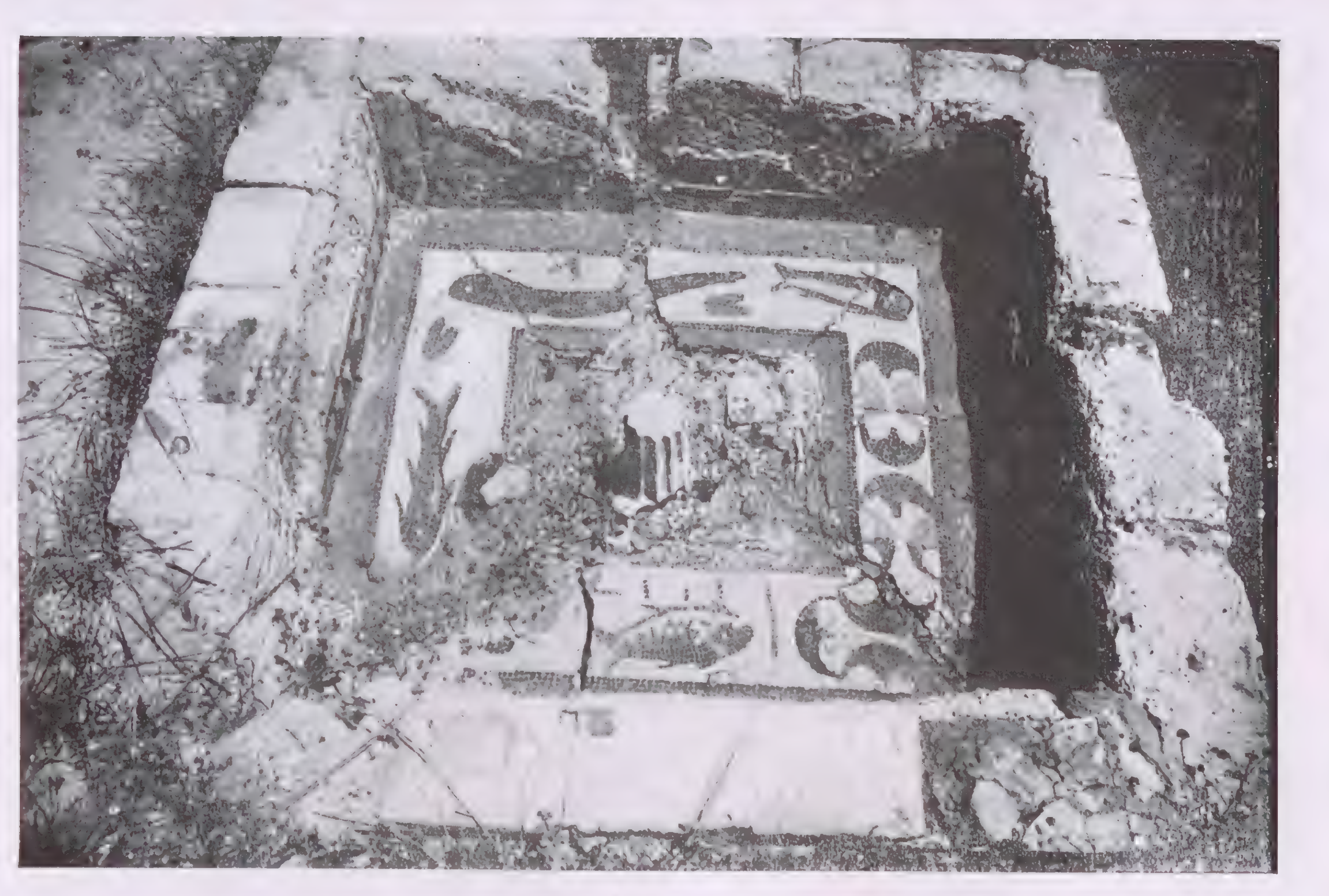


LÁMINA 4.ª

Fuente del jardín de una de las más lujosas casas italicenses, decorada con mosaico



LÁMINA 5.ª

Fuente de forma caprichosa, con surtidor en el centro, existente en el pequeño peristilo de una suntuosa casa italicense (antes de su restauración)

